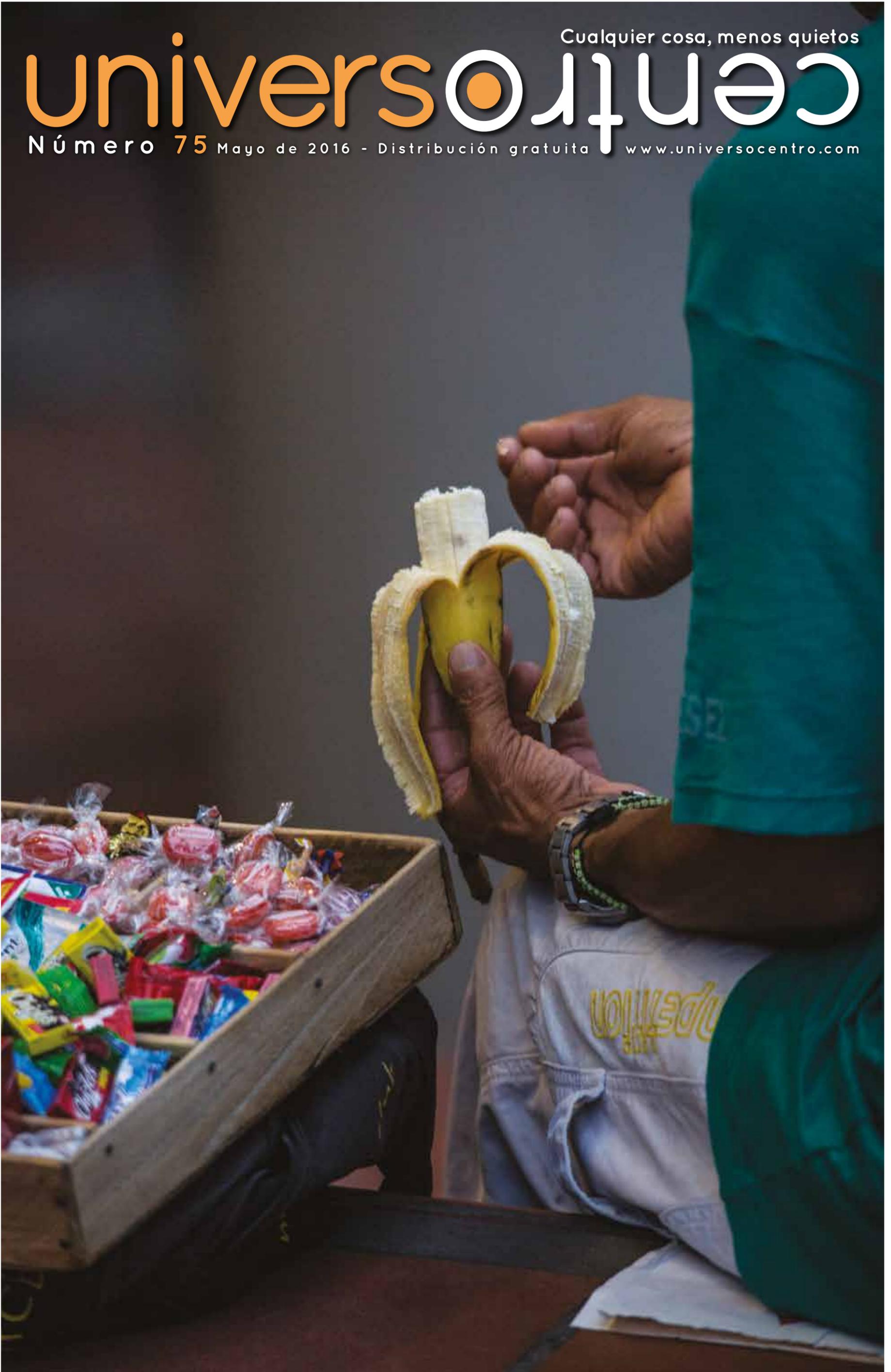


Cualquier cosa, menos quietos

universo **centro**

Número 75 Mayo de 2016 - Distribución gratuita www.universocentro.com



4

Siempre se regresa al barrio

6

Santa Cruz 022

8

Ninfas y nichos del valle encantado

12

Expedientes

18

Un bar al lado

20

Cinco tumbas y un muerto parao

24

Mi vecino es colombófilo



DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

– Juan Fernando Ospina

EDITOR

– Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

– Fernando Mora Meléndez

– Guillermo Cardona

– Alfonso Buitrago

– David E. Guzmán

– Andrés Delgado

– Anamaría Bedoya

– María Isabel Naranjo

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

– Gretel Álvarez

DISTRIBUCIÓN

– Erika, Didier, Daniel y Gustavo

CORRECCIÓN

– Gloria Estrada

ASISTENTE

– Sandra Barrientos

Es una publicación mensual de la

Corporación Universo Centro

Número 75 - Mayo 2016

20.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

W W W . U N I V E R S O C E N T R O . C O M

La pálida

Fue un sábado raro. Lleno de expectativas y desaires, con nudos en casi todas las cruces del Centro de la ciudad, con consignas de plaza y cantinelas de tribuna. Estaba afuera la caballería, el Esmad y la bachillería. La gente del Medallo caminaba a mediodía del Parque Berrío al Atanasio. Alentando la *posibilidad* de ganar el clásico. Los opositores al aborto iban desde el Parque Explora hasta Las Luces. Con la oculta intención de conocer las ruinas del afamado guayaco. Y la turba alestargada de los marihuanos reptaba desde el Pablo Tobón hasta Las Luces que ya habían abandonado los abanderados del cigoto. Mientras tanto, los comerciantes maldecían la cantidad de desocupados de buena y mala estofa que no dejaban circular a los hijos, esposos, hermanos, nietos y recogidos en busca del regalo para las madres. ¡Qué víspera tan complicada!

Por razones de tradición reportera, y por ubicación, nos corresponde una mirada y una opinión sobre la marcha cannábica. Además, está más cerca la legalización del moño que la del aborto y no tomamos partido frente a los colores futboleros de la plaza, apelamos entonces a la coyuntura para decir algunas cosas sobre el momento del activismo baretero.

Lo primero es que mientras el Estado se acerca a una regulación de la marihuana, un orden que reconoce la hierba en algunos aspectos, sus promotores públicos pierden organización y control sobre el evento más visible del año. Parece que cuando el gobierno y la sociedad le dan espacio a un colectivo llega el tiempo de desperdiciarlo. Pudimos verlo con ojos turbios. Desde UC proponemos una cantaela para ir carburando.

La convocatoria de la marcha a las 10:00 a.m. es ilusa y equivocada. La fiesta comienza muy temprano y las garrafas plásticas de vino de durazno se convierten en desayuno. La michelada es el tentempié y la programación académica tiene público anémico. Se alargan inútilmente las “zonas de concentración”. Pero no hablemos de los madrugadores, allá ellos.

Lo más difícil en la marcha pasada fue ver una mata. No abogamos por la lora comprometida de los marihuaneros ni imaginamos el rebaño aspirando una misma lana. Pero la marcha debe tener un mínimo ambiente común, compartir algo más que la fiesta del sábado previa al clásico. Y el temido guayabo del día de la madre. La marcha de hoy tiene una población predominante, los muy jóvenes. Una buena porción entre 14 y 16, y una muy grande de 16 a 25. Unas mamás pasaban arrastrando a sus hijos de uniforme, unos risueños y otros aguantando la respiración.

Pero la principal fatiga de la marcha es que no marcha. La marcha es un pantano que acompañan unos camiones con plataforma de los que solo sale ruido y humo. Animadores groguis, bailarines entumidos, patos varios, recetas viejas y un humo negro que vicia la nube blanca a la que se dice honrar. Por momentos la marcha tuvo algunos reflujos bajando por La Playa, la ola daba dos pasos adelante y tres pasitos atrás. Ni fiesta ni marcha. Letargo. Sería mejor promover la traba que la pasma. Pero la inercia lo arregla todo, tarde o temprano.

Solo los carros de mercado con cerveza fría y mango de ñapa permiten que se avance un poco. Desde los camiones tiran cueros y la corteza del *chocolatoso*. La marcha voltea con dificultad en La Playa con la Oriental. La costumbre de cada año le quita miedo al humo. La gente cruza riéndose, meneando la cabeza resignada, aspirando con el ceño fruncido. Pero es una ganancia que se puede desperdiciar.

A la altura de San Antonio vino el sobresalto. Unos disparos causaron la estampida que despertó y dispersó la turra. Ganaron los clientes de las cervecerías de San Antonio que huyeron a las carcajadas. Hubo más sobresalto en la marcha zombi que en el triunfo del rojo 1-2. Lo mejor fueron los rezagos de la marcha. El Centro quedó lleno y tranquilo. Pero le tocó muy duro en la tarde.

Siempre le haremos reportería a la marcha. Prender el sismógrafo para monitorear ese paso arrastrado. Lo más preocupante es que el Estado muestre más arrastre que la patota que dice fumar por un gusto que vale defender. ☺



Fotografía por Felipe Osorio

Sinfonía en movimiento



por JULIO CÉSAR OROZCO OSPINA

Ilustración: Ximena Escobar

Una mujer inglesa besa arrebataadamente a un árabe en Times Square, mientras una coreana, quien recorre el mundo por quinta vez, capta la escena con fascinante envidia. Esa guatemalteca, que pasa de afán rumbo a su tercer turno de trabajo, roza su brazo con el costoso abrigo de invierno que luce la oriental y siente envidia. Ese mendigo de Louisiana en Manhattan mira con envidia el café humeante que sostiene en la mano la hasta hoy ilegal centroamericana. Ese anciano ruso, exagente de espionaje, mira al mendigo, que mira a la empleada, que mira a la turista, que mira a los enamorados. El viejo se pregunta con asombro: “¿quién conspira en nombre del planeta?”.

New York no está en New York, tiene que parecerse a todas las ciudades del mundo o superarlas a la vez. A esta Babel la han rozado tantas manos que tiene más microbios que estrellas el firmamento. Para sobrevivirla hay que caminar en el mundo como Melvin Udall (Jack Nicholson) en *Mejor imposible*.

Un autobús en Buenos Aires es tan limpio como el metro de Medellín, pero su subte es tan sucio y bullicioso como el de Ciudad de México o el de Madrid. Allí donde un suicida se convierte en bomba humana y mata al gran amigo de su único hermano, un artista en el exilio nos recuerda con su violín que ha llegado la primavera, la de *Las cuatro estaciones* de Vivaldi.

Los chinos invaden el mundo. Son los dueños de los pequeños mercados en Madrid y del turismo en San Francisco. Son tan tiranos, como sucios, responsables y avaros; han creado un código de comunicación tan secreto como el de los judíos y se han tornado tan racistas como algunos negros en países capitalistas.

Una rumana pide monedas, acostada sobre sus rodillas, en el Puente Viecho de Florencia. Mil humanos pasan cada hora a su lado con total indiferencia. Un belga se acerca para hacerle una foto que ganará un Pulitzer sobre las peores formas de trabajo en el mundo. Después de todo, se trata de una mendiga en la capital del Renacimiento.

Como una plaga, los migrantes desplazan la tierra de su eje. Medio África surca las costas del mar Mediterráneo. Cientos de negros venden sobre el piso de las principales capitales europeas malas imitaciones de carteras y bolsos Louis Vuitton y Gucci. Ahora corren, y seguirán corriendo con un talego sobre sus hombros cada vez que deban huir de la policía. En la calle Carabobo, en Medellín, los bolsos en el suelo no dejan caminar a los peatones. Aquí la policía huye del pillito.

Así son esos latinoamericanos osados que huyen de su patria en busca del sueño americano. Si logran traspasar el muro infame que se levanta en la frontera con México, de costa a costa, trabajarán veinte años entre baños, cocinas, perros y niños; verán crecer a sus hijos en postales y enviarán dólares al sur para tener derecho a recibir una flor el día de su funeral.

Un niño montando a caballo, por la gran estepa mongola, a cientos de kilómetros de distancia de cualquier metrópoli del mundo, ha sido captado por el lente del entrenado reportero brasileño Sebastião Salgado. Su foto es contemplada por otros cientos de miles de personas en el reconocido Fotografiska Museet de Estocolmo. El niño mongol morirá de viejo sin llegar a conocer su imagen y la imagen de aquellos que a diario habrán de verle, incluso en veinte siglos.

Lo mejor del arte y de la cultura de Oriente reposa en los grandes museos de Occidente: Louvre, Met, British Museum (estos tres se disputan con descaro tener en sus salas todo el arte egipcio, incluida la tumba y ajuares funerarios de Tutankamón). A aquellos solo les quedan dos mil años de saqueo y una destrucción que no cesa. En el World Trade Center ya se abre una exposición para conmemorar la caída del último imperio.

Un tren atraviesa el Valle Sagrado de los Incas y se precipita sobre un río de aguas turbulentas cuyas piedras también parecen huevos prehistóricos. En el tren, que viaja de Ollantaytambo a Aguas Calientes, una pareja de esposos alemanes conversa animadamente, en un inglés fluido, con una cubana como si ese fuera su idioma nativo.

La cubana es máster, doctora y posdoctora en historia. A sus 40 años es la primera vez que sale de su país. Lleva veinte años sin ver a su única hermana y ya no sabe si podrá volver a la isla donde está su madre enferma. Repite, a todo amigo que hace en el camino su sueño de conocer las cataratas de Iguzú y la aurora boreal. Machu Picchu ya es un deseo realizado.

La pareja de alemanes viene de conocer la aurora boreal en Noruega, en un viaje que, durante seis meses, los ha llevado por una veintena de países en tres continentes. Hace años que no ven a su único hijo, estudiante de medicina en la Brown University. El dinero les sobra pero los separa un océano, un mundo que se acuesta cuando el otro se levanta y unas agendas que nunca coinciden.

En el Gran Bazar de Estambul se venden más picantes que en las mejores cocinas mexicanas y se habla en tantos idiomas como en la principal sede de Naciones Unidas. Un turco de ojos profundos, verde esmeralda, seduce a una rubia a quien saluda en cinco idiomas pensando, con certeza, que procede de algún país de la comunidad europea. La mujer lo mira con simpatía y responde en un inglés cantado: “*Tm from Colombia?*”. El turco intenta venderle una costosa manta, en medio del regateo y el coqueteo, mientras le repite un nombre que ella ya está cansada de escuchar: “¡Colombia! ¡Ah! ¡Pablo Escobar?”. Sin quererlo, el turco ha perdido una clienta potencial.

Miles de europeos viajan a Cuba cada año huyendo del frío del norte, en busca del calor que les proporcionan el tabaco, el ron y el cuerpo de los hombres y mujeres de la isla. Miles de cubanos quieren huir de Cuba y no pueden hacerlo, entonces embrujarán con sus encantos a esos europeos para que vuelvan una y otra vez en busca de su costoso amor.

Países que son demasiado fríos en invierno: parece que durmieran en un sueño eterno; países demasiado cálidos en verano: las ratas en la *subway* corren con tanta rapidez como el sudor en los cuerpos de

los pasajeros; países demasiado secos en otoño: un beso podría herir los labios; la primavera nunca dura. Los países tropicales viven veranos eternos y sus aguaceros generan diluvios universales.

La belleza está muy mal repartida. De tanto admirarla puede uno terminar con tortícolis en una calle de Madrid o de Buenos Aires, pero en un antro de Quito o de Seúl, se es tuerto en reino de ciegos. Colombia huele a leche, Argentina a pan congelado, Madrid a ajo, las calles y los metros de las grandes ciudades a aceite quemado, orín y mierda. La limpieza no es una cualidad de lo humano.

Un chileno, haciendo un gran esfuerzo, compra un par de anillos de compromiso en una lujosa calle de Punta del Este, serán sorpresa para su novio ecuatoriano con quien comparte un estrecho piso en un suburbio de París, una ciudad que defiende ese amor, pero mira con recelo a todo aquel que no habla en un perfecto francés. La moneda con que ha pagado viajará cerca de cien mil kilómetros, pasando de mano en mano, antes de morir en un burdel de la India; la moneda que le han devuelto quedará congelada en el tiempo, en una caja de viejos recuerdos sin la posibilidad de ser usada de nuevo, excepto por la siempre esquiva memoria.

Así suena la sinfonía de la vida en esta aldea contemporánea. Cada causa dará origen a un nuevo movimiento. Alguien más me piensa mientras yo lo pienso a través de estas letras que escribo en las alturas, sin que lleguemos a saber quién nos pensó y qué fue lo pensado. En algún lado, como en el *Ajedrez* de Borges, otros dios mueve al Dios que nos gobierna. ☺

SIEMPRE SE REGRESA AL BARRIO

por OSCAR IVÁN MONTOYA

Fotografías: Sergio González



Otros cines hay en Medellín: en Manrique, en La Toma, en Aranjuez, uno en cada barrio, todos mágicos.

Fernando Vallejo

Uno de los mayores deleites del Medellín de antaño fueron los cines de barrio. Eran la recreación por excelencia. La más barata. La más excitante. La que llegaba hasta suburbios más lejanos, y que para una mejor identificación, tomaba el nombre del barrio en el que desembarcaba: Buenos Aires, Caribe, Manrique, América, Castilla. Los cines eran los amos y señores de la diversión. Eran lugares excelsos para la amistad y las chanzas. Allí concurrían niños, novios y familias, y a su vez, lo que los abuelos llamaban la “supia”, como lo recuerda Oscar Suter en una crónica sobre el teatro Aranjuez: “El público de la ‘respectable galería’, era compuesto generalmente por emboladores, chóferes, revuelteros, y por los vagos reconocidos del barrio. Casi todos los días entraban los mismos. Y para como lo hacían en galladas”.

A comienzos de los años ochenta, cuando la crisis de la exhibición comenzó a tomar forma, los cines de barrio fueron los primeros damnificados. Uno a uno comenzaron a ser cerrados o demolidos, se murieron de una forma triste y callada, y fueron convertidos en depósitos de materiales, supermercados, apartamentos o panaderías. Y nada llegó para reemplazarlos. Durante casi tres décadas los cines estuvieron desterrados de los barrios populares de Medellín, pues los que se construyeron durante este periodo se ubicaron en barrios exclusivos, como los de Unicentro o Las Américas, o los de El Tesoro o Vizcaya, al occidente o al sur de la ciudad.

Esta tendencia se comenzó a romper en enero de 2015, cuando la empresa Royal Films inauguró seis salas de cine en el centro comercial Bosque Plaza, ubicado en una zona sin tradición en la exhibición cinematográfica, pero que se ha convertido en un centro de diversión bastante visitado, ocupando el lugar que en el pasado conquistó el Bosque de la Independencia, primer

sitio de recreación popular de la ciudad, al que concurrían sus habitantes en una alegre promiscuidad posibilitada por los bailes de los fines de semana, las cantinas de los alrededores y los paseos en bote por el lago. El Bosque de la Independencia fue fundado en 1913, y solo hasta 1949 pudo contar con una sala de cine, el Cine Bosque, que desapareció en 1968, cuando el Bosque se transformó en el Jardín Botánico.

Para Royal Films fue una apuesta arriesgada montar un multicine en el sector, ya que los estudios de mercado indicaban que un gran porcentaje de los barrios aledaños: Moravia, Sevilla, Lovaina, La Piñuela, Miranda, Brasilia, Campo Valdés, El Chaguale, Aranjuez, López Triana, Los Angeles, Bermejil, San Isidro, Las Esmeraldas, pertenecían a los estratos 1, 2 y 3, y lo que parecía ser peor, que los más jóvenes no frecuentaban las salas de cine y los más viejos ya no recordaban las que habían conocido.

No obstante estos oscuros indicios, sumados a alguna leyenda negra sobre el abandono y peligrosidad del sector, la afluencia de público ha sido inmejorable y el experimento resultó ser un éxito, a tal punto que la empresa ya piensa en ampliar la oferta a otros sectores populares que por varias décadas se han visto privados de un espectáculo único, que nutrió la imaginación de nuestros padres y abuelos, que les enseñó modales a los galanes de barriada, que les brindó refugio a los camajanes, y que descubrió alguna vocación artística, como la del cineasta Gonzalo Mejía, que en uno de estos destaralados locales conoció la magia del cine: “Yo vivía en la parte baja de Prado, y a todo el frente de mi casa quedaba el teatro Rialto. Su cercanía y frecuentación fueron imprescindibles a la hora de definir mi gusto, primero por el espectáculo del cine, y a continuación por hacerlo. Lo que primero fue diversión, luego fue una locura y ahora es mi profesión”.

Barrio querido

El primer cine de barrio en Medellín fue el Granada, ubicado en el barrio Guayaquil, sobre la carrera Bolívar. Fue inaugurado el 9 de mayo de 1930 con la película *La máscara de hierro*. Para ese entonces, Guayaquil era una suerte de entrada y salida hacia el mundo exterior: allí estaban la estación del tren y tenían como punto de confluencia las rutas intermunicipales y barriales. Lo que en un principio fue un barrio residencial, en las periferias del Centro de Medellín, se transformó en un complejo de almacenes de abasto, carnicerías, pensiones, hoteluchos, cantinas, cacharrerías y, por supuesto, de cines, porque además del Granada, en Guayaquil tuvieron asiento el Medellín, el Bolivia, el Guayaquil, el Balkanes y el Colón, en donde todas las películas eran con balazos y puñaladas, tanto dentro de la pantalla como fuera de ella.

El Granada fue en sus primeros tiempos un teatro de mucho fuste, que además de su programación era conocido por las delicias gastronómicas que se negociaban a su salida, como lo recuerda Uriel Ospina en *Medellín tiene historia de muchacha bonita*: “Guayaquil era poco más o menos así. Posteriormente gentes recursivas lo dotaron de una sala de cine —el Teatro Granada— en cuya acera se vendieron exquisitas yucas hervidas con estupenda salsa, como mejores no se han podido comer en ninguna parte”.

Mientras vivió su momento de apogeo, el Granada fue uno de los teatros más frecuentados de Medellín. Después se volvió un cine periférico, un teatro de hombres solos, de mala fama, en donde los fogueños, billaristas, lustrabotas y cuchilleros fumaban marihuana, alguna copera atendía a sus clientes y los ladrones se le escondían a la policía.

El reino de los camajanes

Los cines de barrio fueron refugio de cientos de noviazgos, burladero de las obligaciones escolares de miles de jovencitos y reducto exclusivo de los camajanes quienes eran sus clientes habituales. Los camajanes fueron una peculiar mezcla de malevo argentino con jibarito caribeño que se dio en nuestra ciudad, con una pizca de Charles Bronson de arrabal, aunque su especialidad eran las peleas a cuchillo en donde eran maestros en el arte de “brincar”.

Con sus vestimentas estafalarias, su jerga delincidental y el “tumbao que tienen los guapos al caminar”, crearon una mitología que pervivió hasta las décadas finales del siglo XX. Su feudo estaba delimitado por las esquinas, las cantinas y los teatros de barrio, en donde eran los reyes absolutos. Allí bebían, fumaban, insultaban, atracaban a sus vecinos y enamoraban a las muchachas. Todo en una misma escena.

El Buenos Aires, por ejemplo, fue el cine predilecto de los camajanes del barrio, y también del niño Fernando Vallejo, quien con tal de asistir a sus funciones soportaba que los malandros le robaran las revistas, no le prestaba atención a los chuzones que lanzaban detrás de las cortinas, ni se preocupaba por el ambiente cargado de humo. Así lo dejó consignado en *Los caminos a Roma*: “Pero volviendo al cine Buenos Aires que es lo que importa, por su puente de luz me voy derecho: de Medellín a Bagdad y a Samarkanda. Y mientras allá arriba, adelante, por el desierto abierto, en la luminosidad de la pantalla combató con los cuarenta ladrones y uno a uno o todos juntos les voy dando, aquí abajo, adentro, en la oscuridad de la sala cruzan el aire, como estrellas fugaces, colillas encendidas de cigarrillo o chicharras de marihuana que avientan los camajanes: del gallinero a la platea, de la platea a la luneta, de la



luneta al gallinero y del gallinero a ambas. ¡Ahí les van! Es la guerra de las luces, la de nadie contra todos y de todos contra nadie. No sé cómo no han quemado el teatro. Tal vez porque el Teatro Buenos Aires ha desarrollado cierta inunidad natural contra el fuego. Colillas y chicharras en él se apagan solas. Solo así se explica que sobreviviera. De lo contrario moriría”.

Los cines de Otrabanda

Como Otrabanda fue conocida la zona de Medellín que quedaba al otro lado del río y que hasta 1940 estaba conformada por fincas distribuidas en una amplia pradera que contenía algunos pequeños poblados como el de Belén y La América, finalmente absorbidos por la ciudad. Al contrario de gran parte de Medellín, los barrios que conformaban Otrabanda fueron fruto del diseño urbano y desde el principio contaron con servicios básicos, fuentes de empleo y centros de diversión como el teatro Santander, fundado en 1940, y el América, creado en la misma década.

Con el paso del tiempo, los dos se fueron especializando en cierta clase de público. El Santander, una casa vieja adecuada como cine y más cercano al barrio San Javier, se fue convirtiendo en el cine popular por excelencia, en donde sus clientes más fieles eran los estudiantes del liceo Salazar y Herrera fugados de sus labores escolares, que armaban el despelote en el gallinero, se masturbaban, fumaban cigarrillo y arrojaban pepas de mango y mamoncillo a los espectadores.

El otro era el América, un cine con caché, al que asistían los habitantes de Laureles, La Floresta, San Joaquín, y en el que presentaban películas norteamericanas. Era un teatro de fachada blanca, moderno, con una decoración interior de muy buen gusto. El crítico Luis Alberto Álvarez lo conoció en su momento de esplendor: “La primera película que recuerdo haber visto en mi vida fue *La flecha rota*. Todavía recuerdo la presentación

de esta película en el Teatro América. Debió ser el año 1950 (tenía cinco años), mis recuerdos son bastante vagos, pero hay cosas que se me quedaron grabadas. En esa época el cine comercial tenía un nivel bastante alto y había posibilidades de ver cosas muy buenas, muy bonitas, muy entretenidas y era verdaderamente una especie de fábrica de sueños, era fácil comulgar con ellas, bastaba sencillamente comprar una boleta e ir a soñar a uno de esos teatros que hoy en día solo existen en Medellín como recuerdos”.

En Otrabanda también quedaban el Antioquia, en Barrio Antioquia, y el Mariscal, en Belén, en donde eran famosos los dobles continuos de cine mexicano, que tan energúmeno ponían al párroco Ignacio Duque porque le esquilaban la clientela. En la avenida San Juan estaban el Odeón 80, el Capri, el Rívoli y el Tropicana, famoso porque en sus instalaciones se presentaron las primeras películas de rock en Medellín.

La sociedad de los teatros muertos

Los cines de Otrabanda, en especial el Odeón 80 y el Capri, sobrevivieron mucho más tiempo que el Palermo, Laika, Aranjuez, Rialto, Olympia, Lux, Manrique, Roma, Cervantes, Rex, Cuba, porque se beneficiaron de una estrategia que se implementaría con el paso de los años y que consistió en establecer las salas de cine lejos de la inseguridad, la falta de parqueaderos, los toques de queda, la mugre y el abandono que se tomaron el Centro de Medellín a partir de los años ochenta.

Situación que se recrudeció en los noventa con las bombas del narcoterrorismo, con la escalada de precios en la boletería, con la falta de oferta cultural del Centro, como lo recalca el escritor Víctor Bustamante, autor de *Medellín: Cine & Cenizas*: “Lo mismo que ocurrió antes en los barrios sucedió después en el centro de Medellín, que perdió el gancho cultural que tenía. Uno antes se

iba para Versalles, pedía un tinto, abría el periódico y había por lo menos cinco películas para ver. Ahora uno llega a Versalles, y a las cinco o seis ya está pensando en irse a beber, porque a excepción del Colombo Americano, ya no hay nada para ver”.

El reguero de cadáveres comenzó en el Centro de Medellín con el Aladino, en 1980, un viejo y cochambroso local que cerró sus puertas antes que lo alcanzara una crisis relativamente lejana. Al Aladino lo siguieron el Ópera, Odeón, Cid, Libia, México, Metro Avenida, Radio City y ya en el nuevo siglo, el Dux, Cine Centro, el Junín 1, el Junín 2 y el último cine de Guayaquil, el Kemper, llamado en sus años postreros Metro Cine. Como un par de dinosaurios que se niegan a desaparecer quedan el Sinfonía y el Villanueva, y el Lido, que fue recuperado por una intervención oficial en 2008.

Vuelve la magia

A partir de enero de 2015, en el tercer piso del centro comercial Plaza Bosque, funcionan las seis salas de cine de Royal Films, cada una con capacidad para 198 personas. Dos de ellas son para cine en 3D, otras dos en 2D y las dos restantes en 4TD. Las salas de cine se han visto beneficiadas por la afección de unos espectadores con treinta años de ayuno, por los precios acordes al sector y por la gran cantidad de población flotante que se da cita en la Universidad de Antioquia, el Jardín Botánico, el Parque Explora, el Parque Norte, el Parque de los Deseos, el Planetario Municipal y la vecindad de la estación Universidad, que facilita el acceso desde cualquier punto de la ciudad.

Pero es la cercanía con los habitantes de los suburbios circundantes en donde estriba el éxito obtenido, como lo señala Harold Gómez, habitante del barrio Andalucía y quien frecuenta con cierta constancia los cines acompañado de sus amigos y familiares: “Antes, para ir a cine, yo tenía que ir hasta Puerta

del Norte, en Niquía, o cruzar toda la ciudad para ir a Santa Fe o Las Américas. Ahora en quince minutos estoy en los cines del Bosque, y los precios son más favorables”.

Con una programación de corte comercial en donde predominan las animaciones, las películas de acción y estrenos como *Batman vs Superman*, en su mayoría dobladas para adaptarse a la formación de sus espectadores, el multicine también ha optado por presentar cine colombiano, en su versión menos glamorosa, como el documental *Paciente*, que se estrenó en abril, lo que demuestra que asumir riesgos es parte de su personalidad. Así lo ratifica su gerente Víctor Losada: “Cuando nosotros pensamos en entrar al negocio muchos expertos nos hablaron del abandono del sector, de su condición económica, pero por nuestros propios medios llegamos a la conclusión de que era uno de los mejores puntos de Medellín para emprender un proyecto de semejantes características: los espectadores estaban ahí al frente, no era sino ir por ellos, y no había que entrar en rebatía con cuatro o cinco competidores que ya se disputaban los espectadores de los barrios de clase alta o media alta”.

Ha sido tal su éxito, que ya piensan en implementar una sala ultra, con capacidad para trescientas personas, inclinación de 45 grados, y los mejores equipos de proyección y sonido, además de extender su propuesta a otros sectores populares de Medellín, para que el cine deje de ser el espectáculo elitista que se había convertido en las últimas décadas. Ahora, lo único que falta es que se apaguen las luces, que el chorro mágico de luz atraviese la sala, que los niños armen su pelotera y que los novios comiencen a comerse a besos. Solo queda que cuando por algún desperfecto la función se interrumpa, un coro de burleros le grite al proyeccionista, “soltá el pelao”. Entonces, todo volverá a ser igual de perfecto. ©

Santa Cruz 022

Para Morris y Alito.

United Colors of Benetton se lee en la camiseta desteñida del primer niño que se asoma por la terraza. Desde que el conductor del bus toma la curva, lento, pues es una subida, los tiene pillados. Suena el timbre; por el espejo interior del bus se ve un bulto que salta afuera, es un joven que sabe cómo es la vuelta y se lanza al asfalto sin que el bus se detenga.

De la terraza por la que asomó el niño otros dos aparecen. Al frente, en una más alta, cinco más, y tres casas más adelante, otros seis. La posición de sus cuerpos es la de los asaltantes indios en las películas de vaqueros.

La ruta 022 Santa Cruz Terminal a las dos de la tarde no sube muy llena. Es realmente difícil imaginar qué puede estar haciendo la gente a esa hora en el Centro. Tres o cuatro señores, un par de mujeres que suben solas de llevar a sus hijos a los colegios de Aranjuez, y que si pagaron pasaje es porque viven arriba, donde termina la ruta. Pronto llegarán, pero faltan las curvas de Santa Cruz, la pendiente de la 102 y la extensa y solitaria cuadra por la que ahora pasa el bus, donde se ven apenas dos adultos asomados en los balcones.

El bus se detiene y se acerca un niño de gorra blanca en bicicleta. Parece que fuera a pasar de largo pero se queda al lado derecho, justo en la puerta del bus, mirando al conductor, como braveándolo y a la vez sonriendo. El conductor se reacomoda la barriga buscando los bolsillos del pantalón que siempre se le pierden, saca dos billetes y se los entrega doblados en cuatro; la bicicleta desaparece descendiendo por la curva. El niño de la primera terraza levanta el dedo pulgar hacia arriba y afirma con su cabeza al conductor. Nadie se entera de nada. El bus se pone en marcha de nuevo y de pronto se sienten estruendos en el techo, sonido de latas y luego los vidrios de dos ventanillas que estallan. La gente en el bus se mira entre sí, no entienden qué pasa. Otro vidrio revienta, esta vez la ventanilla de emergencia.

El conductor suelta su tanda de insultos, gonorreas, hijueputas, pirobos, malparidos, al tiempo que los pasajeros miran entre confundidos y aterrados, intenta asomarse por la puerta, pero una piedra del tamaño de una cabeza cae en el techo del bus produciendo un estruendo como el de un petardo. Entonces el conductor se tira a lo pélculo intentando llegar a su silla pero no

logra alcanzarla y aterriza en el lugar donde habitualmente va el ayudante. Su cabeza da contra la caja de las monedas que vuelan por todas partes mientras otras diez piedras chocan contra la trompa del bus, anunciando que pronto va morir el vidrio delantero. Fue tal el salto del conductor que ahora las monedas ruedan por la calle sin que nada las detenga. Apenas en ese momento los pasajeros se arrojan al suelo.

Desde el piso, mirándose frente a frente con sus caras de espanto, los pasajeros aguardan el próximo ataque. Los señores, con un semblante de héroe que aprendieron en las telenovelas de la noche, quieren brindarles seguridad a las mujeres. Por un momento no hay un solo ruido, así que se puede escuchar la sinfonía de platos y cucharas dentro de las casas, ollas, televisores encendidos. Hasta el olfato se agudiza y alcanza a sentir el olor a sopa de pastas revuelta con carne molida. Parece que ya todo pasó.

Todavía azarados, los pasajeros se levantan. Algunos observan las piedras que descansan en el pasillo del bus y en las bancas como piezas de museo arqueológico. El conductor se ha sentado de nuevo en su trono, quiere poner en orden algo que se le escapaba de las

por LUCKAS PERRO

Ilustración: Titania Mejía

manos. “Muchos hijueputas, pa dales bala a estos maricones ome”, dice, recogiendo las monedas que quedaron en el suelo y esperando la respuesta de un coro ausente.

El más joven de todos los señores se le acerca, le dice que fresco, que no más fueron cuatro vidrios y que a nadie le pasó nada...

—Y esté seguro de que yo arreglo esa vaina, yo no vivo por este lado pero tengo unas amistades en el sector.

—¿Qué quiere decir? —pregunta una de las mujeres—. Esos pelaos si mucho tendrán doce años, deben es buscar a la mamá para que los castiguen.

El conductor se queda en silencio. “Lo que me dicen este par de güevas no me soluciona nada”, piensa... barriga, cerebro, pene o cualquier lugar de donde le vengán las ideas. Se sienta de nuevo en la silla, como un músico en pleno momento de inspiración y luego voltea hacía los pasajeros:

—No, no vuelvo a pasar por aquí y listo, voy y hablo arriba y que se cambie la ruta.... ¡Y que se jodan todos estos hijueputas de por aquí por tener hijos tan gonorreas!

Los pasajeros apurados empiezan a salir por la puerta de atrás. En un balcón, una mujer de edad, demente pero bien vestida, juega a las muñecas con la bomba de un sanitario. Se escucha un estruendo, la loca grita como si hubiera conseguido que su hija hablara. Los pasajeros en la calle se disparan a correr, unos se refugian en la acera del frente, bajo el techo rojo de una salsamentaría, otros arrancan calle abajo o se meten en el deprimido de un parqueadero, se mueven como si los niños que estuvieran en las terrazas fueran los serbios en plena guerra balcánica. ¡Pum! ¡tan! ¡trash! pum! Más piedras y ahora sí parece que fueran a destruir por completo el bus.

En los rostros de los niños no se ve maldad alguna, sus ojos brillan con un amarillo intenso, por el sol. Es como si estuvieran jugando puntería con unas botellas de Coca-Cola llenas de agua podrida. Silban de lado a lado, ya son pocos los vidrios que quedan por quebrar. Suena uno, se ríen y ya señalan el otro objetivo. El más pequeño de todos parece un francotirador. Mientras los que están a su lado se empeñan en seguir tirando piedras gigantes, este acaricia pequeñas rocas como si fueran el cabello de sus compañeras de escuela y sus dedos, lenguas que se hacen más sensuales cuando acierta, cuando al primer intento quiebra el gran vidrio trasero.

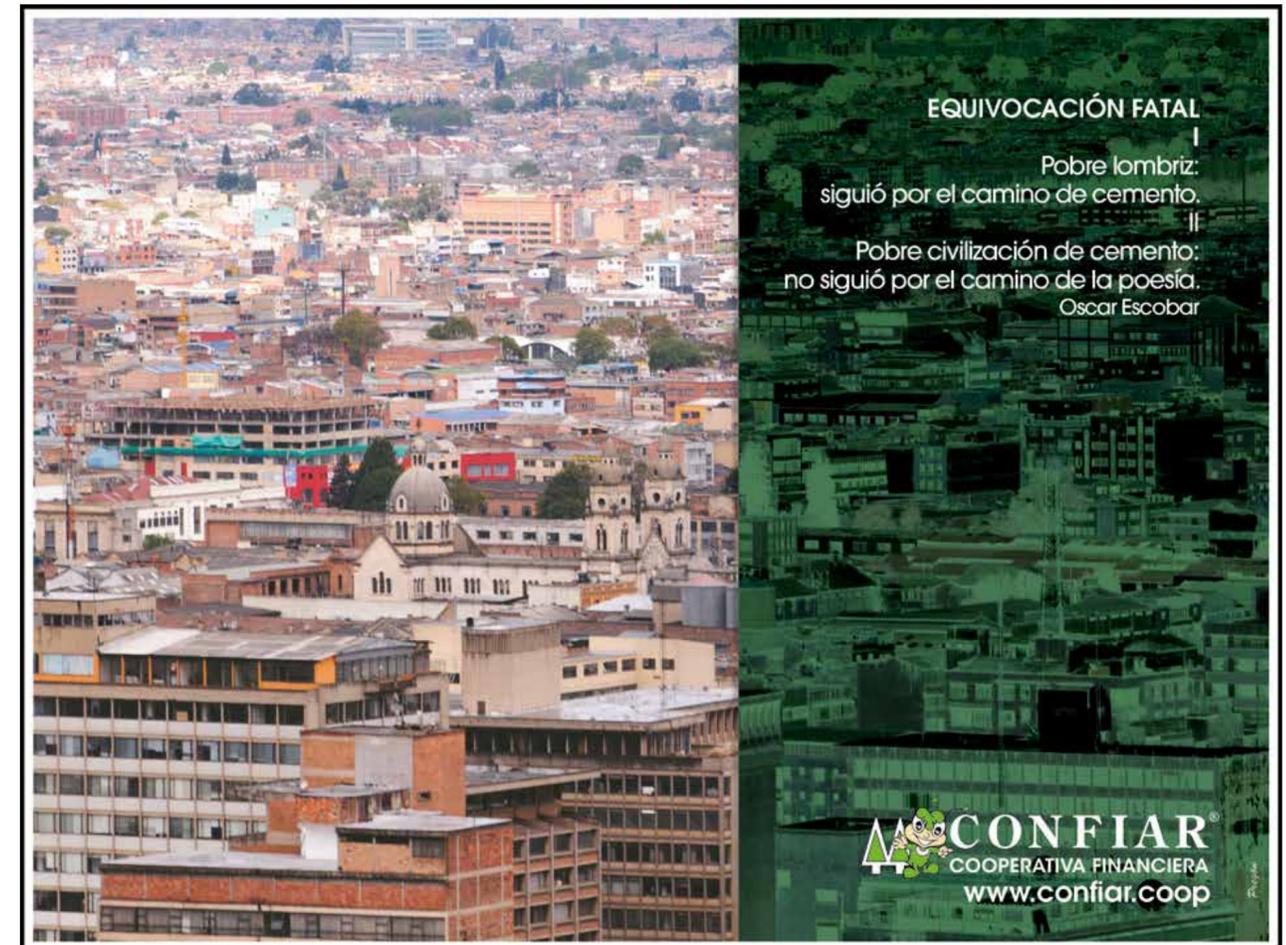
Tembloroso, el conductor enciende el bus y arranca. La gente de la cuadra, asustada, empieza a asomarse tímidamente por ventanas y puertas. Los niños bajan a la calle y luego corren a la quebrada, donde al sabor de los mangos verdes y un tarro viejo de sal, discuten quién tuvo mejor puntería. Ninguno se nota angustiado, ni siquiera piensan en entregarse a justicia alguna, aunque saben que el precio de esta felicidad no les permitirá volver jamás a sus casas. ©



ATLAS DE LOS ANDES: TOMO I CAMILO ECHAVARRÍA

Abierta desde el miércoles 11 de mayo hasta el viernes 15 de julio de 2016.
Centro de Artes Biblioteca Luis Echavarría Villegas, Universidad EAFIT.

UNIVERSIDAD
EAFIT



Parecía imposible que alguien pudiera describir las cortinas de los primeros antros, saber cómo se levantaban los barrios de putas como comunas solidarias, conocer a los meseros y los cuidacarros de la Curva del Bosque, y pudiera nombrar a Lola la de la chimba y decirle Marta Pineda a Marta Pintuco en un aeropuerto en Londres. Pero apareció un expedicionario con todos los viajes y un bombillito rojo en su mano derecha. Siganlo.

NINFAS Y NICHOS DEL VALLE ENCANTADO

GUÍA DE BURDELES

por HUGO BUSTILLO NARANJO

Tu nombre me sabe a hierba

En los suburbios de la villa, sobre la berma derecha de la estación Trocadero del Tranvía de Mulas, en su abrazo con el Puente del Ahorcado, se acostaba la reluciente Casa de Pendones de la Niña Matíu. Sus gozosos y selectos amantes la habían bautizado “piel de luna”. Contaba la matrona a sus allegados que su madre la bañaba, recién nacida, bajo las ubres lecheras de los vacunos que su padre, como mayordomo, administraba en el Suroeste antioqueño. El látigo de la violencia dispersó la familia y a ella le despertó el talento y le agudizó la premonición.

Una tía madrina con corazón de acero y manos de hierro la tenía esclavizada. En una visita de ambas a la ciudad, en plena misa dominical, desde la Catedral de las Candelas, la indomable libélula buscó su libertad. Años después como dueña y matrona, enarbolando los agites de su pasado, regentaba su residencia levantada a finales del siglo XIX con alerta de aldabones, y la iluminaba con candelabros y guirnaldas.

Desde las ventanas que sus noviembreros le permitieron divisar, la Romana, como también le decían, había aprendido todas las ceremonias y ritos del noble arte. Era adorada, donde su pecho se convertía en delirio y su pubis en valle de incienso. De extraordinaria belleza y refinados modales, llenaba de lisonjas todos los cuartos, jardines y aleros de su visitada vivienda.

Con los esmerados artilugios de sus Damas del Cinturón Dorado, grabó una senda lasciva en la solapada Villa de la Candelaria de la época. En los rostros de sus respetables descendientes aún perdura su cautivadora y misteriosa mirada.

Una Luz Amada

El refugio del Trocadero era para obligada del Tranvía de Sangre que partía desde la Ermita de los Forasteros y llegaba hasta el paraje del Edén. Allí lo esperaba un gran abasto, negocio de comestibles, licores y abarrotes propiedad de José María Urdinola.

Esta misma posada bandera fue la primera morada de un Lucero de En-sueño, de una niña-mujer mejor ponderada como Luz Amada. Allí llegarían a pagar el derecho al piso, a “hacer la América”, Madame Leleaux, la francesa; un pecadito mortal italiano llamada Cruzana, con la guía de la seductora criolla Lola Tirado, según los recuerdos de don Hernando Gómez Urdinola: peón,

salonero y administrador de varios locales referidos en estas líneas. Era además nieto de José María, el dueño del mencionado Edén.

Ese generoso nicho fue adquirido luego por Rosa Urdaneta. Todo el lote estaba acompañado de un gran mercado, frente a la Manga de los Belgas. Posteriormente, donde se acostaba la Casa-Madre, se escudaría Confecciones Balalaika que elaboraba ropa íntima femenina. Al campo raso que lo dividía lo llamarían el Chagualo.

Cuando tú no estás

Luis de Jesús Tamayo Ruiz, el Indio Tamayo, empezó a recorrer sus primeros pasos sembrando en los abonados surcos de la Niña Matíu. Inicialmente fue portero, salonero y luego administrador. Cuando despuntaba el siglo XX era dueño del renombrado y elegante cabaret American Club, plantado donde nacía la calle Liborio Mejía. Allí acudían, en secreto y sin falta, muchos de quienes conformaban la crema y nata de la sociedad medellinense, lo más granado y respetable, en sus coches tirados por caballos, en carrozas, tiburis y en sus preciadas monturas. Las señoras de Casa Cerrada recibían de su protector los mejores estipendios y cuidados alimenticios de la época. Este aventajado alumno de la Romana, poseía unas cuantas reses de ganado lechero y un galpón para gallinas al cuidado de don Carlos Antonio Mesa Puerta, su mayordomo. El American besaba los pies del Cerro Volador en su visitado piedemonte.

Mis noches sin ti

Paso seguido, Sefa Cadavid, en un sendero despistador de trasnochadores, en un callejón de figones llamado El Salado, le cantaba a la luna con Noches Eternas. Esa novel extensión tomaría el apodo del Fundungo. Arribarían en un campás de bombillos rojos, Atenas, de Céfora Agudelo; El Encanto, de Raquel Yepes; El Despertar, de Carlina Correa; La Casa de las Vélez, Lucila y Carmen. Rosa Urdaneta se trasladó del Trocadero e inaugura la Casa de la Palmera (Gru-ta de Hierro) en la calle posterior; quedando como vecina de Honoría Osorio y su Mansión. La siguieron Ana María Ortiz con El Acoso, Enriqueta Mejía con La Casa de Queta y Tista Moreno, feliz, las acompañó con Terciopelo. Más abajo, al beso de la Calle del Prado (Carabobo) con El Colegio, Eva Arango, entre uniformes, se inspiraba en ardientes clases.

La Curva del Bosque

Tomando su sitio en la calle de la Rambla del Bosque (La 78) aparecía Mariana Gómez, después de la ablución de Marcos Quintana, con su Cama y Mesa. Cuando por allí se desplazaba el tranvía eléctrico hacia Aranjuez, un cambio en el enriellado, bautiza al sitio como La Curva del Bosque. El transporte común de la villa le debe a Mariana la creación del inolvidable Tax Milancito (Tax San Pedro). Empezó con un automóvil transportando sus clientes a diferentes destinos. Después consiguió otros. Como por encanto, en aquel fogón, se armarían Rayito de Sol, El Caribe (origen del nombre del barrio) El Berna, La Cueva, y pedacito adentro, la Esquina del Movimiento (Brisas de la Tarde).

Cuartito azul

Sobre la Carrera Séptima (Carabobo, según plano de Medellín de S. Pearson & Son Limited. Londres, 1908) se asomaban Chapinero, (administrado por Pelón Santamaría) Risaloca y El Moravia de Peruchó Puerta. Antes a este último lo llamaron Sibonet y Río de Janeiro. Era templo del tango, el candombe y la milonga. Los compases del sur con sus sensuales filigranas, cultivados por sus tiernas Pelangochas, esperaban el retorno de sus fieles amantes al torneo efectuado cada mes. Allí mismo brotaba el lunfardo, la jerga de los compadritos, arrullado por bandoneones y guitarras, asegurando su léxico inquietante, dejando sus huellas en el aire, en las tonadas y en el trueque de palabras. Con el tiempo germinaría el barrio de Moravia.

El guarrús

El Tano Urdinola (hijo de José María Urdinola) descrestaba con su plaza el Tambo del Nuevo Mundo. Lo acompañaba la disimulada Casa Vieja de Berta Valencia, que después se trasladaría al Fundungo. Para echarle tierrita al

lugar del asunto, nacería, abajo de esa pendiente, el Cementerio Universal. Pasando el río Medellín, pegadito a la Estación Villa, se empotraba El Idilio, de Silvestre Nájera. El licor que ofrecían la mayoría de las casas era artesanal. Lo traían desde el oriente cercano. Destilado en los alambiques clandestinos de la sierra de Guarne y las veredas de Barro Blanco, Mazo y Piedra Gorda; tenía mejor sabor y precio que el oficial, que aparecía exhibido en los estantes como convidado de piedra. Cariñosamente lo llamaban chirrinche, ñeque, guarrús o tapetusa.

La pistola

Para ofrecerles a las Damas de Compañía, en todos estos rinconitos placenteros, vendían una bebida alcohólica especial apodada “roncito” o “coctelito”, que elaboraban los dueños de todos los negocios. Por cada copa que ellas tomaban, recibían una ficha que se cambiaba por dinero. Para el común de la gente era conocida como “pistola,” porque eso era lo que le hacían al incauto oferente. Era un mejunje, un trago caro y ficticio. Luego los propietarios cambiarían de táctica y servirían para ellas, según el lugar, brandi, coñac, ginebra, crema de menta, manzanilla, vinos de manzana y la incomparable Cerveza Tamayo.

Casablanca

Después de que el Tranvía de Oriente (1925) empezara sus malabares por esa trocha de peñas, rumbo a los valles de la Mosca y San Nicolás, al pasar la barrera de Paracote se encontraba de frente con la barriga y la sinuosa cuesta de Morro Rojo, Santo Domingo Savio. La locomotora debía subir penosamente con sus vagones, describiendo largas eses para llegar al Aviso (Medellín a 5 kilómetros) y continuar en su trayecto hasta la tierra de la guitarra, San José de Marinilla.



Elizabeth Builes

tal su esmero que al amanecer le llevaban al desvalido cliente caldito de huevo con cilantro picado, mejor conocido como “changua”.

La Curva de la Herradura protegía al Grill Argentino de Jorge Bustamante. Era la embajada sureña que con su visitado show de medianoche saludaba la salida del sol. Las Doncellas de Alta Guisaba habitaban cada una de sus mesas. Los hermanos Eduardo y Gonzalo Betancur vigilaban los relucientes automóviles del momento y siempre aseguraron que “cuando llegaban las extranjeras la plata se gastaba por bultos”.

La Curva del Aguacate, que refugiaba a Folie Bar, el bar de la Locura, fue el primer motel construido al norte del Valle de Aburrá. Con sus luces de neón espantaba a las brujas que rondaban la media noche. Tres pisos más terraza y un enorme y escondido parqueadero, propiedad de Leopoldo Yepes. En el primer delineó un cómodo salón de baile. En él, una estampada de Damas Consoledoras, al compás del chachachá, del foxtrot o de algún bolero moruno, con sus eternas piernas y sus trajecitos tentadores, encandilaban a los presentes. Al costado oriental, pellizcando picardías, aguardaba el parqueadero. Desde el segundo nivel se acompañaban, saludando a la luna los cuartos azulados. Además de mullidas camas, sobre una pequeña mesa esperaban los fogones que servían para calentar el agua con permanganato de potasio utilizada para el aseo íntimo de la pareja. La espaciosa estructura que consumía el tercer piso se dedicaba al aviso luminoso y a las ondeantes sábanas y fundas blancas que confundían al viento.

El camino del tirabuzón

En las riberas de la quebrada Santa Elena, arriba de La Bocana y antes de Media Luna, sobre un ribazo protegido por pinos pátulas y yarumos, se escondía el estadero La Cascada. Era una confortable y ancha cabaña elaborada en madera y protegida con teja española, con baños de inmersión y profusa corriente. Sus cuartos se acompañaban de blandos colchones y cobijas de lana peinada. La riada de la quebrada refrescaba los toneles de aguardiente y ron, así como los cuerpos de los amantes en atardeceres y despertares.

Quédate conmigo esta noche

Consentida en la entrada del Barrio Antioquia, alumbraba Medialegra (esa era la distancia al centro de la urbe) la famosa mansión del desenfreno de

amplios corredores y pilares de comino, dominada en su umbral por una extensa y firme chambrana. Sobre el costado izquierdo se encontraba el porche para el resguardo de las cabalgaduras. De su blanqueado frente encargó a Aman-tino Rivera (músico y pintor de oficio) para la decoración, quien al azar le dibujó unas insinuantes y enormes flores rojas. Con este domicilio especial nace el barrio de las Camelias. Las Virgenes de la Medianoche descienden para espantar la piel de las sombras, para recrear al día sin horas y para encender sus banderas marginales.

Nacen sin tiempo y con prisa, el Harlem Club, de Amanda Gutiérrez (para todos fue la mujer más bella que habitó en las Camelias). Ella le había comprado al Tano Urdinola un lote de terreno que lindaba con la casa precursora. Amanda tirando barra, pico y pala, con la ayuda de los albañiles Jorge “Petróleo” Escobar y el Tato Mantilla, levantó una casona de tapia y cañabrava sobre el costado norte de la casa fundadora. Le hizo compañía y competencia y con sus dulces Odaliscas realizó el delirio de sus sueños.

Curvas peligrosas

Las Curvas de Cipriano era una lluvia de alcobas y un excelente restaurante en dos amables bulines de Benedo Correa. Este volátil negociante, que era capaz de embolatar a un duende, aprendió de la buena mano de doña Aura Inés Díaz Girardo todos los secretos culinarios sobre la trucha, la sabaleta y el bagre.

En la Curva del Aljibe, Juan Rafael Obando, con su Sofí Bar, insistía a sus Damas Servidas la importancia de atender muy bien a sus visitantes. Era

Joaquín Villegas. Años después retomarían sus heraldos por aquellos terraplenes, Doña Carola, Sol y Sombra, Hostal Guayabal y Resfa con su perfumada residencia. Desde los setentas, nace el diluvio de la concupiscencia en todo el sector y límite de La Raya-Mayorista, conocido *sottovoce* como Puerto Semen, según bautizo dado por los camioneros del país entero.

Cuarenta grados

En Ancón y La Estrella tomarían la batuta el impulsivo Aries, El Bosque, La Isla, Sol y Luna, La Suite, Los Chalets, Los Dos, Motivos, Mónaco, Unicornio. La Avenida Pilsen despierta con las Carretas, Éxtasis, Only y más abajo el modernísimo Ibiza Motel Lounge. La tierra del plátano, Sabaneta, reluce con In Vegas, camino que le abrieron Las Viudas y su festejada Tahona (en los terrenos de la hoy estación del metro de Itagüí) diagonal al Barranco de las Casitas. El barrio Manila, vecino del Poblado, cortejaría con su comfortable Cabañas.

El imperio de los sentidos

Nace la Infanta Lovaina como la Academia del Sexo, la hija mayor de doña Camelia, con su encanto, aguante y alboroto en el barrio Norte o San Pedro. Empezamos por esta aldehuela con El Tano, el mismo que en su refugio de Nuevo Mundo se suicidó. Inscibió El Regina con todos los ritmos en la calle Lovaina, más tarde pasaría a manos de Ricardo Montoya. Tres cuadras antes, sobre la vía Lima, Félix Orrego, en el costado sur del Cementerio San Pedro, despertaba a los del sueño profundo con su Café Latino. El semanario *Obrero Católico* en marzo de 1938 les endosaba, incendiado de ira, una inquisidora catilinaria.

Las hijas del trueno

Después arribarían El Estoril, Candado de Luces, As de Copas, Mil Silencios, La Casa de los Velos Azules, La Cueva del Oso, La Casa de Leti, La Tremenda, Las Palmeras, El Palmar, Bremen, Donde Juancito, Buenaventura, Tulipán Rojo y Ventiadero (o Cenadero con carnes asadas, arepa, mantequilla, queso y aguadulce; además de tríos, merenderos y conjuntos musicales). Pasarían, por estas praderas de *varietés*, otros avisos y otros dueños y dueñas así como otras formas de sexo, diversión y comercio. A Lovaina entregaron vida, fantasías, elegancia y renombre, en sus palacetes, mansiones y aposentos, Aura Cardozo, La Pipi; Ligia Sierra; Ana Molina (egresada del American Club); Cielo Conde; Blanca Beltrán Balbín, La Uva; Dioselina Sánchez; Lola Granados, La Polla; Gladys Ramírez, Paloma Duenda; Rosana Jaramillo, La Cacao; Pola Vanegas; La Mona Plato; La Pipiola; La Billú; La Rumbo; La Matalote y demás. La yarumaleña María Duque Villegas, inmortalizada por el pincel del maestro Fernando Botero, jamás olvidó su orgulloso lema cosido en cuerpo, catre y mente: “entre todas las putas, yo”.

Era Marta la Reina

Caso aparte merece Marta Pineda, La Pintuco, en sus posadas de Lovaina y Lima, en el cruce con Palacé. Innovó con los álbumes fotográficos, con sus esmeradas atenciones y con los cantos operáticos para sus clientes. Sin fundamentos, en un libro sobre Medellín publicado en 1995 aseguraron que no existió y fue solo una leyenda. El maestro Bernardo Hoyos, que bien la trató, fue su gran amigo y admirador, contaba de su amistad en el año 2008, en tertulia con el poeta Mario Rivero, y hablaba de sus gustos y del edificio de modernos apartamentos que La Pintuco poseía en la ciudad primaveral. Para el poeta envigadeño fueron las mejores piernas que existieron en Antioquia. El académico santarrosano recordó que hacía más de dos lustros se había encontrado con ella en el aeropuerto Heathrow de Londres. Marta estaba visitando una hija que se había casado con un inglés. Cerca de la compañía Pintuco, sobre el barrio Colombia, con los anocheceres, despuntó un bulincito de Señoras de la Casa Cerrada. Por cercanías a la fábrica mencionada el imaginario colectivo y visitante le dio por llamarlo La Casa de Marta Pintuco. La verdadera casa y su dueña hacía mucho tiempo estaban jubiladas de aquellos menesteres.

Plateados por la luna

Para la década de los cincuentas, cuando ya se habían levantado los rieles del Tranvía de Oriente, quedaba la cenicienta huella de la trocha anterior y llevaría el nombre de carretera a Guarne. Por esta trasegaban los camiones de escalera del pueblo comunero. Sobre el kilómetro tres de la vía, que partía desde la pionera estación Cobertizo, en Manrique, reposaba la finca de recreo de la familia Ramírez Johns. Doscientos metros antes y sobre el lado opuesto se perfilaba el Club Alcores. Poseía la mejor divisa de la ciudad desde las breñas nororientales. Era un sitio apetecido por su musicalidad, los atardeceres y las veladas estelares. Las parejas disfrutaban aquel domicilio donde las brisas los cobijaban y las estrellas fugaces les cumplían sus deseos.

Cuando mataron a Oscar Cadavid, empleado del Club, la estantería se vino abajo. Su deseada pista de baile se llenó de sombras. Por tantas violencias algunas familias desplazadas se resguardaron entre sus muros. Nació entonces un Hogar Infantil al final del terreno que lo acompañaba. A su espalda se asentaba el caserío de San Blas. El paraje de San José La Cima se estiraba sobre la rocosa montaña. Finalmente, una bien construida casa ocupa hoy su dilatada superficie. Los propietarios entronizan una imagen de Nuestra Señora del Carmen que, desde su camarín, protege y bendice el emplazamiento y barrio.



Cachorro

Las colonias de Patiburrú

La gran mayoría de nombres señalados, vagando por los aires, llegarían con las épocas a denominar otros lugares, nuevos figones de diversión y jolgorio en otros puntos cardinales de la ciudad y en sus socorridos arrabales. La inspección segunda de policía, entre 1920 y 1930, realizaba censos y registraba en sus cuadernos y apuntes algunas “ambulatrices”, pero ellas, como las bandadas de golondrinas, volaban sin dejarse atrapar. Otras, al casarse, el pasado no las condenaba. La ley, en derecho, desaparecía sus señas, sobrenombres y apodos de las listas oficiales.

En 1871, el gobernador de Antioquia, Pedro Justo Berrío, ordenó construir en la región del Nus dos colonias penales. La primera era para castigar a las Damas del Honor Perdido que ejercían los festejos de la carne en lugares públicos de las nacientes villas. La segunda, destinada a los varones que no prestaban el servicio militar obligatorio y quienes desertaban del mismo. Recibieron el nombre de Patiburrú por estar situadas sobre la trocha que conducía al cerro, en el Magdalena Medio.

Doña Bárbara Caballero y Alzate

Cuenta la leyenda que la Marquesa de Yolombó (título expedido y firmado en Real Cédula por su Majestad Carlos IV) dejó pérdida en su cima una carga de oro a su paso por esos contornos. Años después, cuando estas penitenciarías dejaron de amedrentar, se formó un caserío habitado por exreclusos y bautizado como San Juan de Mata, en honor al patrono de los prisioneros. Pasando los quinientos, los descendientes de los fundadores, olvidándose del fundador de los Padres Trinitarios y Abogado de

los Cautivos y despidiendo el siglo XIX, lo designaron Maceo en memoria de Antonio, el líder y general cubano.

Calle sin Ley

El 22 de septiembre de 1951, el alcalde de Medellín, Luis Peláez Restrepo, dispuso la entrada en vigencia del decreto 517, por medio del cual reglamentaba la calle principal del Barrio Antioquia como única zona de lenocinio en la ciudad. Consideraba que “la moralidad pública estaba amenazada por la proliferación anormal de estos antros”. Los dueños de los centros de diversión, derroche y aguante de los años cincuentas y de antes, disponían de 45 días para liar sus bártulos y desplazarse, con sus Mujeres de la Casa Llana, rumbo a una comunidad humilde, pacífica y emprendedora que no entendía tal atropello.

El vergonzoso edicto y las medidas punitivas no tuvieron ningún efecto, ni siquiera pasaron su período de prueba. Las protestas de las partes involucradas no se hicieron esperar. Largas marchas y enfrentamientos anularon la orden. Aunque la afrenta no se revocó, el alcalde Peláez Restrepo perdió poder e imagen ante tal determinación. El pueblo le apodó “el virgomaestre”. Su impopular gobierno solo duró seis meses y finalizó en febrero de 1952. Pero el daño estaba hecho. Veintidós años antes de la alcaldada, en esa explanada, habían surgido los embriones de un sector habitado por campesinos llegados de Yolombó, San Roque, Santo Domingo, El Retiro, Rio-negro, Sonsón, Marinilla.... Colocándole el nombre de Antioquia al naciente paraje todos quedaban cobijados y felices bajo la misma ruana. Para 1955 lo llamaron barrio de la Santísima Trinidad para remediar un poco las frustraciones y penas vencidas.

Tu recuerdo me persigue

Para los setentas es muy especial recordar y nombrar un lugarcito de ternura, regocijo y familiaridad en Palenque, Robledal arriba. Sus diligentes dueños pensando en las flores de siete colores, astromelias, y en ese árbol sombreador llamado búcaro, se inventaron a Bucarelia. Lo cierto es que al traspasar la entrada de aquel llamativo portal la ficción se convertía en realidad y los anhelos escribían una nueva leyenda. A los amantes los esperaba un dichoso cielo de sábanas blancas. Las décadas siguientes, en Robledo, sobre su Camino Real, rumbo al corregimiento de San Cristóbal, se estirarían Tálamo y su mundo de espejos, Amaraje, Siesta, Penthouse, Classic, Best y demás recostaderos.

Piel de ángel

En los años setenta cerca de la Casa Venturosa de los Pendones, frente a la bomba de Gallo renació el albergue de la Manzana (representado en la exuberante silueta de La Pantoja) una fruta que ya no era prohibida, sino codiciada y degustada. En las aguas tibias de la calle Zea, entre las carreras Bolívar y Cúcuta, germinarían el viñal de la llamada Distribuidora de Uvas, el Hotel Cali, el Tercer Piso de Genaro Correa y la Cueva de Jeremías. Próximo se estaba el selecto bar Ecovar que empezó la moda de una Neneza para cada una de sus mesas. Lo mismo con las “pagadas de multas” para que ellas pudieran dejar su turno e irse con su admirador. Hoy día titilan los modernos hoteles Lucca, Fantasía, Exótico y La Paz.

El son de los sótanos

Sobre la calle Pichincha, formando esquina con el Pasaje Vásquez, vigilado por el Palacio Nacional, un divertido,

sonoro y bailarín espacio tomó el nombre del Sótano. Encima lo cuidaban tres pisos de amobladas alcobas. Lo acompañarían, en su estilo y con sus mismas mañas, a este entorno de rebusque y barahúnda, otros tres de planta baja. Hawaii en la Avenida de Greiff y Juan del Corral, Jai-Alai y Pigal en el cruce de Maturín y Junín. Todos tenían plataformas reservadas para las orquestas y sus conjuntos de planta. Mirando la entrada del Pasaje Coltejer, sobre Palacé, anochecería La Luciérnaga, como discoteca sobre un segundo, oscuro y alargado piso.

José Gastón Aguirre

Más conocido, interpretado y escuchado como Pepe Aguirre, era el poseedor de Residencias Linda. Arribó a Medellín desde su Santiago de Chile en 1974. Quince años después, un 31 de diciembre, fallecería en su suelo. En El Palo, entre Bomboná y Maturín, había empezado la cosecha de alquiler de cuartos con el Hotel El Deportista. *La colegiala*, *Frivolidad*, *Jornalero*, *Muñeca de loza*, *Hojas de calendario*, *Maldito cabaret* y otras inolvidables canciones, quedan para su recuerdo.

El último cuplé

En el bordecito del Palo con El Huevo, sobre el flanco derecho de la calle Maturín, se desplegó una heladería-rochela anunciada como Madrid 70. Nació de un caserón familiar al que se hicieron algunas divisiones y en el centro le dejaron un espacio abierto al sol, al agua, al viento. Adecuaron mesas y bancas, y para la intimidad absoluta una cortina corrediza por la que solo se veían las manos, la linterna y el pedido de licores, además de la cuenta que entregaba el acucioso mesero de turno.

Era la espuela que empezaba a picar el entorno barrial. Era el ahí pique que ya goteaba sobre los entejados. Los hoteles Casa Blanca, París y El Recuerdo, hermanados a los albergues Amador, Benítez, La Carroza y Santa Marta recalaban con sus tonadillas carnavalescas en este nuevo puerto. Era el último cuplé para el prestigioso barbero gallego don Rafael López, su distinguida familia y descendientes.

La pachanga se toma el barrio

Diez años más tarde otra valla, en el mismo sitio, anunciaba otro ciclo y se plantaba como Madrid 70/80. Llegaba un tiempo de tropelos y de diferentes inquilinos. Se apostaron por aquellos entornos una romería de morenazas y sus enamorados que emigraron desde el Bar Atlántico, en San Juan con la antigua Calle de los Tambores. Una telaraña de pensiones de infimo rango salpicó las callejas adyacentes. La ruta del Circular, que era tan abierta, “se timbraba” al pasar por allí. La marihuana con el remoquete de chiruza, mona, marimba, bareta o ganja, empezaba a circular, abundante, diluvial, en turros, bolas o pacos y su olor dulzón se colaba por todos los intersticios. En sus noches de luna loca, con más clase y con precios que tocaban nubes, descendieron Tabú, Carruseles, Bengala y el Infierno (Hell) sobre los frutales, tejares y la tenería de los barrios Gómez Ángel, El Palo, San Diego, Colombia y Barcelona. Con mucha resistencia, los antiguos moradores entregaban el jabur! a esos rincones del alma.

Un beso y una flor

Todas las anteriores amas del Trocadero, Campoalegre, NiQuitao, Lovaina, La Calesita, La Bayadera, La Curva del Bosque, Guayaquil, Nuevo Mundo, Barrio Triste, Orocué, La Manguala y más llegaron heredando los ritos de agua, sangre y luna de sus ancestrales ejemplos. Esas mismas que despertaron nuevos rumbos en el Camino del Norte o las Camelias. La nostálgica aventura de las Etéreas Damas del Tiempo (La Chola Caderona, Romelia Perfumes, Araminta Placeres, Damaris Piernas de Oro, Justa Puñales, unidas a sus adalides, la Niña Matiú y Luz Amada) aún ronda en las noches frías y en los humedales de un río que hoy pasa llorando. ☺

La pléyade de Culo de Ángel

Sobre la carrera Bélgica, tocando el barrio España (Las Palmas), Lucía López, mejor admirada por su trasero



Silvana Giraldo

Expedientes

Fotografías de Juan Toro Díez

Caminar luego de los estragos. Preguntar por el cerrojo de los que se fueron. Buscar el plomo, retratar su deformidad única tras el estallido. Rastrear la etiqueta de la morgue como una primera lápida, un último número. Pasos que pueden dar los locos o los investigadores judiciales.

Juan Toro Díez (Caracas, 1969) se ha encargado de encontrar datos propios y ordenar pistas de la violencia en Caracas durante los últimos siete años. Las piezas de sus *Expedientes* están registradas con el esmero de quien construye un museo propio del espanto colectivo, de las estampidas y la impotencia, de la rabia y el mando. Pero el fotógrafo-recolector no solo quiere un baúl personal, tiene conciencia de que sus reliquias pueden servir como memorial, como el registro de quien recuerda y al mismo tiempo demanda.

Desde 2009 el gobierno venezolano no entrega datos oficiales de homicidios. La diáspora venezolana ha comenzado a ampliar sus colonias en las ciudades colombianas. La calle se

convirtió desde hace años en el escenario de una democracia de encontronazos, que discute al estilo de las cabras.

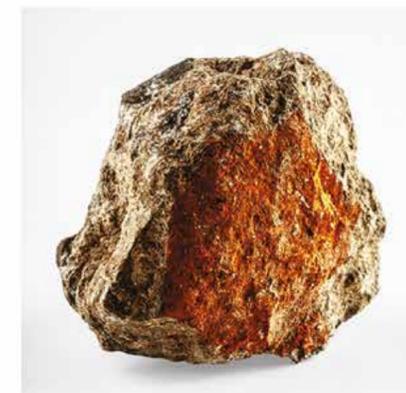
Toro Díez decidió entonces reseñar *Etiquetas* de los cuerpos en la morgue de Caracas que bien puede recibir cuatrocientos cadáveres en un mes. Y comenzó a mirar con curiosidad las *Llaves* de los ciento veinte apartamentos clausurados tras despedidas pensadas o huidas a tientas, que busca vender una amiga empleada en una inmobiliaria. Recogió los *Fragmentos*, armas y pertrechos de estudiantes y Guardia Nacional Venezolana luego de los enfrentamientos de 2014: cartuchos de perdigones, miguelitos, máscaras caseras, tapabocas, bombas lacrimógenas. Indagó tras los *Plomos* que se gastan sin miseria en Venezuela, donde las muertes por lo general implican cinco o seis estallidos como una señal inequívoca para los que miran desde las ventanas.

Estas pruebas no buscan una condena individual, solo entregan un alegato basado en piezas de cajón y basura, en rasgos desechables e imprescindibles. ©

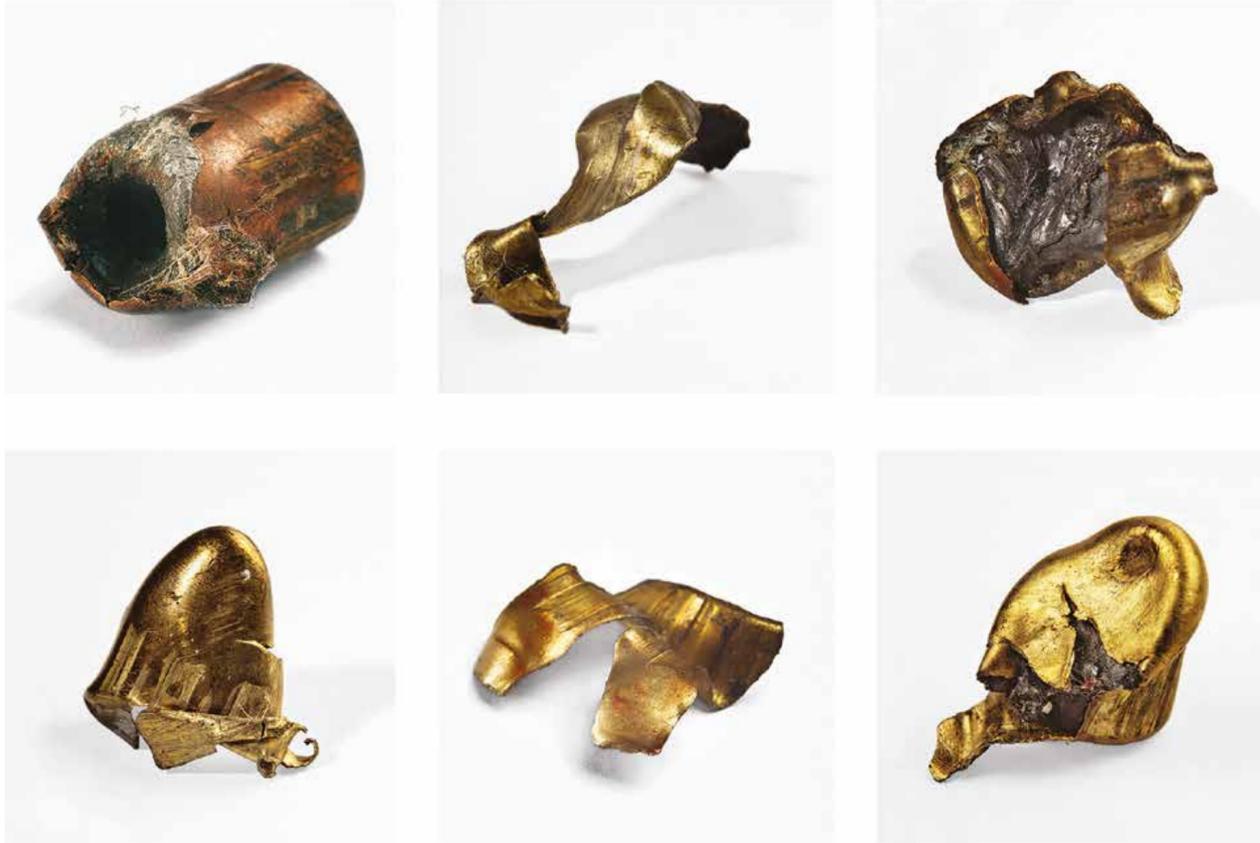
Etiquetas



Fragmentos



Plomos



Llaves



Contribuir con una mejor calidad de vida nos inspira

Por eso, facilitamos el acceso y la disponibilidad de los servicios públicos a más personas en los territorios donde actuamos.

Conoce nuestro Informe de Sostenibilidad en www.sostenibilidadgrupoepm.com.co

Grupo **epm**



ATRÉVETE A **GENERAR—EXPERIENCIAS DISEÑO INTERACTIVO**
NUEVO PREGRADO

 Fundación Universitaria Bellas Artes

INSCRIPCIONES ABIERTAS

Teléfono: 57 (4) 444 77 87 / www.bellasartesmed.edu.co
Institución de educación superior sujeta a vigilancia por el Ministerio de Educación Nacional

ATRÉVETE • ESTUDIA • CREA

FUTURO FUBA

SNIES 105392

APP





Cuando el empleado de la agencia me dice que puedo tomar el apartamento por trescientos, me parece un buen precio. Abre la puerta de la calle y me invita a mirarlo. El hombre se queda en la acera con el pretexto de fumarse un cigarrillo. Aunque no hay ventanas, el cuarto principal se ve iluminado. Debe ser porque la luz del día alcanza a filtrarse por una claraboya y se refleja en el color palo de rosa de las paredes. Mientras recorro el pasillo tengo la sensación de haber estado aquí antes. No en otra vida, sino en esta de ahora donde cumplo 44.

Las dos piezas que dan al corredor no tienen puertas, al fondo veo una cerrada. El pasador está sin correr, me asomo. De repente se anuncia, con dudosa claridad, un espacio más amplio. De allí se escapa una vaharada de aire viciado: un olor rancio a pasantes agrios y restos de cerveza. Del techo cuelga una lámpara china, cuya luz ocre pende de un cable con caca de moscas. Contra la pared, la barra enseña un borde mullido, de hule rojo, para empinar el codo sin lesionarlo. A un lado hay sillas arrumadas en las mesas. Detrás de alguna de ellas se incorpora una mujer madura. Apenas me mira sonrío sin decir nada, como si me conociera. Tiene demasiados collares, labios finos y uno de esos lunares que siempre lucen falsos. ¿Qué está haciendo esta dama aquí?, me pregunto, y luego pensaré: ¿qué diablos hago yo aquí? Ni que fuera Sam Spade para sentir que el mejor lugar para anclar es un bar a medio día, con las puertas cerradas.

—¿A qué horas abren?
—A las seis —dice ella, con indiferencia. Luego me repasa de pe a pa, con un gesto deliberado y provocador.

Soy un bicho raro, no lo niego. A veces tengo la capacidad de espantar a una mujer con la simple presencia. Pero, por la misma razón, otras veces les despierto curiosidad. He pensado en una que me embauque en un sitio público y me guíe hasta uno impúdico donde me ofrende sus galas. Solo que ahora no estoy para pensar en eso.

—¿Sabía que el apartamento de enseguida se comunica con su bar?
—El bar no es mío —dice ella.
—Tenía ganas de alquilar esos cuartos, ¿pero quién va a dormir con un bar al lado?

—¿Te gusta mucho dormir...? —pregunta la fulana con malicia.

por FERNANDO MORA MELÉNDEZ

Ilustración: Camila López

—¿A qué horas cierran?
Ahora ella va detrás de la barra para secar con un trapo unas copas cilíndricas, aptas para tequila.
—Depende.
—¿Depende de qué?
—Del movimiento.
Curioso las paredes donde hay fotos enormes, de baladistas de los años setenta.
—No se preocupe que el ruido no es mucho. Nada de rancheras ni de reguetón. Aquí solo vienen parejas mayores a recordar viejos tiempos.

Señalo un afiche que me es familiar. El cantante tiene patillas largas como las de los próceres de la patria; en la hebilla de la correa brilla una estrella enorme, como la de un *sheriff*.
—Ese es Sandro de América, ¿no?
—No, señor. Ese es Nino Bravo.
—¿De dónde?
—No sé. Me imagino que debe ser de América también.

El enorme salón tiene otro ambiente, con reservados, que separa un tabique de acrílico. En una de esas mesas, con privacidad, alguien ha dejado una revista pornográfica. Hay colillas en el piso y papeles con cuentas. Al agacharme me doy cuenta de que estas cosas son réplicas de plástico y están pegadas al piso, como bromas de ambientación. Arriba, en el techo, cuelgan otras luces con forma de medusas soñolientas, alrededor de un ventilador que las agita con levedad. Parece que hubieran crecido allí por sí solas, como aguamalas de bar que esperan la resurrección. Aquí es cuando pienso: ¿qué diablos hago aquí? Voy hacia la luz del pasillo por donde entré, pero ella me detiene.

—Aguárdese un tantico —me dice la mujer con acento mexicano o ecuatoriano. No estoy seguro. Es un tono tan ambiguo que se confunde entre súplica, orden o juego.

—Siéntese yo le robo... unos minutitos ¿Quiere tomarse algo?
—No. Gracias.
La mujer ha salido de esa especie de barrera para toreros. Trae una bolsa de celofán.
—Abra la mano.
—No, gracias.
—¡Que abra la mano!
Obedezco con un gesto escolar antes de ver caer un montón de semillas tostadas.

Ella tiene puesta una bata de entrecasa con estampados tropicales, unos paisajes que no logro descifrar del todo. En la cabeza lleva un trapo a manera de tocado que contrasta con su piel cobriza.

Se echa un puñado de las semillas a la boca, me invita a probarlas y dice:
—¿Cuántas horas duerme usted?
—Depende, a veces seis, a veces siete...

—Muy afortunado. Dicen que el sueño es reparador. Los que duermen mucho se conservan jóvenes.
—¿Eso cree usted?
—Míreme a mí. Hace años que no duermo como se debe.
—Pero se le ve muy bien...
—¿En serio? —y sonrío, como si se fugara por un momento de aquí.

—No hay necesidad de hacer cumplidos —le digo—, las cosas son como son.
—Como duermo tan mal, me consuelo pensando que ya dormiré bastante cuando me muera...

Los granos de girasol tienen un sabor graso y picante. La mujer me mira con los ojos saltones de los peces de alberca. Ahora se suelta el trapo de la cabeza y una mata de pelo cae con exuberancia.
—¿Le gustan a usted los collares?
Entonces baja la mirada y juega con uno.

—Este fue el regalo de un novio que ya no está.
De pronto lanza una carcajada nerviosa que parece agitar aún más las lámparas de medusa.

—Los muertos también roncan.
Pone dos copas sobre una bandeja, va hacia la estantería y sirve algo, de espaldas, como un sacerdote en su altar. Al volverse me enseña dos tragos de licor amarillo en cantidades idénticas.
—¿Le provoca uno?
El lunar luce más falaz que nunca.
—Primero usted —le pido.
El tequila pasa como lava por la garganta.
—¿Quiere un poquito más?

—No, así está bien.
—Coma semillas de girasol para que no se le caiga... nunca.
—¿Qué cosa?... Ah, ya caigo...
La risa la hace perder precisión, esta vez algunos granos caen al piso. Contemplo ese puñado de semillas que yacen en mi palma, ahora como una promesa de eterna virilidad.
Y a pesar de lo dicho, me vuelve a servir otro trago más largo.
—Casi nunca he podido beber con la misma persona más que un ratito, a todos los que he querido me los han matado. No me quedan sino las canciones que alcancé a escuchar con ellos.
—¿Sabe usted cuántos meses hay que pagar por adelantado del apartamento?

—Yo no sé de esas cosas.
De pronto me acuerdo que afuera aún debe estar, a la espera, el agente de la inmobiliaria. Voy a devolverme para contarle mi inconformidad, pero no veo la luz de la puerta que conduce a ese pasillo.

—Siéntese que no hay afán. Ya tendrá tiempo de firmar su dichoso contrato.
Obediente como un perro la sigo hasta una mesa de los reservados. Ella planta la botella en el centro. De cerca descubro que sus hombros están salpicados de pecas diminutas.

Tal vez ya me ha dicho que se llama Alma, y se mueve con recelo. La conversación se torna excitante, aunque densa. Rozo la comba de su hombro, solo un instante antes de que ella aparte mi mano con brusquedad.

—A veces, cuando logro dormir, agradezco hasta mis pesadillas, vengan de donde vengan.

Creo que es algo así lo que dice. Intento levantarme porque me acuerdo que debo seguir buscando un apartamento, que no pienso vivir en uno que tenga puerta al bar. Ella me toma del brazo. Me sirve otro trago.

—¿Por dónde fue que entré?
—Qué importa —me dice—, cualquier agujero da lo mismo.

Me levanto de allí como activado por un mecanismo animal, empiezo a moverme con la ansiedad de una musaraña acosada por el encierro.

—¡Cálmate ventarrón!, tanto afán para qué...
Entonces se pone de pie, va detrás del hule rojo y prende la música.
—Otra canción inmortal —digo, con sorna.
—No hable bobadas, escuche.

Del fondo del parlante sale una melodía gangosa que tal vez oí en un pueblo del sur.

—Yo la recuerdo —digo—, cuando era mocososo...
—¿Mocososo? Todavía sos un mocososo —me dice—. Un chinche que busca su colchón...

—Ya tengo 44.
—¡Capicúa!
—¿Qué dice?
—Nada —contesta con hosquedad.
—Es muy bonita esa canción —comento.
—¡Bebesaurio!

De repente salta tras el burladero y regresa apuntándome con un revólver. No sé distinguir si es de juguete, pero el arma parece tener el peso de las verdaderas, lo empuña con las dos manos. Su ademán es seguro y brutal.

—Ahora mismo me va a decir quién está cantando...
Ya no ríe como antes. Es un juego serio. Hasta su lunar parece real.
—Si falla, le toca un pepazo —me advierte.

La cabeza me pesa como la de un girasol enfermo. No recibir trago de desconocidos era una consigna municipal. La voz del cantante me conduce por una especie de pasadizo. Todas las aguamalas se sueltan del techo por un momento en una extraña coreografía demasiado lenta.

—Alma, por favor. No tengo idea. Alma, tengo que irme. Tengo que encontrar un cuarto.

—¿No estás contento con este?
—Sí, pero es...
—¿Dónde vivir o dónde dormir?

Alma no baja el cañón. Escucho un ruido tras la barra. Es el tipo de la agencia que se sirve un trago con toda la parsimonia. No sé cómo ni cuándo entró sin que lo viera, el muy canalla.

—¡Ey! —le grito—, ¿usted qué, hermano? Bonito lugar al que me trae...

—¡Quieto! —ordena Alma, y se acerca todavía más con una mueca repugnante, para volver a la carga.

—¿Quién canta?
Miro al empleado para que interceda por mí.
—¿Por qué no le advierten a uno estas cosas? ¿Qué clase de agencia es la suya?

El tipo se echa otro guaro al gollete y me mira como si no me escuchara. Tal vez se haga el desentendido o quizás no me ve. Tiene una pose insolente. Ya no sé si somos invisibles Alma y yo, o solo yo.

—Apenas estés dormidito te la voy a cantar —susurra ella.
La lámpara china parece más amarilla que antes, a punto de quemar el papel. Alma me mira desde el techo con todas las aguamalas que ahora se alinean como en un regimiento. Sacaré alientos de alguna parte para levantarme. Todos sus collares me lanzan guiños, y los paisajes dibujados en su bata parecen cobrar vida ahora sí. De pronto creo saber quién cantaba, pero tal vez es muy tarde.

“Dejaré la tierra por ti, dejaré las playas y me iré, lejos de aquí...”. Trescientos mil es un buen precio. Hay otras flores que también se comen, no solo los girasoles... Alma está en el centro con sus aguamalas. Y vuelve a sonreír. ☺



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

JUEGOS CRIMINALES

Me presta una amiga un librito llamado *Detectives*. Cinco cuentos policiales, cinco autores. Solo uno se salva: “La cruz azul”, de Chesterton, triunfal irrupción del padre Brown en ese mundo que tanto le debe.

Decía Borges (una cita de Borges siempre viene bien) que lo mejor del relato policial está en los cuentos; no en las novelas, cuyos necesarios perfiles psicológicos suelen estorbar el libre desarrollo de la trama. Se inclina uno a darle la razón, como casi siempre. Creo que su aserto es válido, aunque por supuesto hay valiosas excepciones: entre muchas, varias novelas de Agatha Christie, de Conan Doyle, de Rex Stout, de Ellery Queen, de Simenon; dos —espléndidas— de William Irish. Y otras, claro: belgas, italianas, polacas, españolas. Hasta hay una colombiana, *Una mujer perdida*, de Arcadio Dulcey, que, si bien en clave de humor, maneja con solvencia las reglas del género.

En fin, siguiendo a Borges, digamos que es el cuento el mejor vehículo de esos misterios. Para uso de lectores tibios o indiferentes cito un párrafo de Luis Fernando Afanador, obvio como el agua: “El cuento moderno lo inventó Edgar Allan Poe con ‘La carta robada’. Un cuento policiaco en el que el final, imprevisto, tiene una gran importancia. El clímax, la resolución y la intensidad crearon una tradición y una manera de escribir”. Sí, todo parte de Poe, quien creó el género y sentó para siempre sus bases. Le siguieron Doyle, Hornung, Leblanc, Phillpotts, Carter Dickson, Hammond Innes... Todos, en resumen, tenemos nuestro propio catálogo y estamos siempre dispuestos a ampliarlo si las circunstancias lo permiten. En estos relatos de investigadores abundan los diletantes, mis favoritos, presididos por el Paul Dupin, de Poe, y luego por Miss Marple y el enigmático señor Quin, de Agatha Christie. Y, *last but not least*, el compadrito Isidro Parodi, que está en prisión y desde la cárcel resuelve los misterios que atormentan a sus vecinos de barrio; Parodi, sobra decirlo, es hijo de la doble e ilustre pluma de H. Bustos Domecq. Muchas de estas figuras tienen el encanto de lo crepuscular. No pertenecen ya a las miserias de este mundo nuestro, son tan adorables como obsoletas.

No ha sido este cronista muy lector de la llamada novela negra, un género admirable que prescinde del enigma para dar paso a todas las formas de la corrupción. Da uno un paso al costado, cansado de tantos horrores, y se queda con el arsénico, las nieblas londinenses, los asesinos de guante blanco. Mejor Agatha Christie que nuestra crónica diaria de espantos. Mejor Poirot que los falsos positivos. Que me perdone Memo Cardona.

CODA

Murió Dora Ramírez, un ser como pocos hemos gozado. Como pintora, usaba los colores limpios y con ellos hacía sus retratos admirables. Como persona, igual. Como bailarina de tango, igual. ☺

DR. GUSTAVO AGUIRRE
OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.
CIRUGÍA CON LÁSER

Clinica SOMA
Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00

Cinco tumbas y un muerto parao

por ALFONSO BUITRAGO LONDOÑO

Fotografías por el autor

Viajé a Puerto Rico con la idea sentimental —o algo así— de que iba al país de la Calle Luna y la Calle Sol, de las caras lindas, de la casa de doña Monse, de Bélgica, La Perla y Manatí, nombres que de tanto escucharlos en canciones se me convirtieron en una vecindad que me hacía sentir en casa donde estuviera. Era puro sentimiento, tú!

Al final terminaría recorriendo media isla detrás de unos muertos, como si visitar cementerios fuera una manera de mantener viva una emoción. Un cementerio de grandes patriotas a la orilla del mar; uno civil de barrio popular; otro con tumbas como soldaditos muertos en formación; y uno más con vista a San Juan y tumbas “de gente humilde que honró la vida”.

Tumbas que no dejaron de hablarme y de cantarme durante todo el viaje, como si sus inquilinos todavía estuvieran vivos. “Un cadáver de cuerpo presente es una presencia inquietante, precisamente por el hecho de que la ausencia no acaba de cumplirse del todo”, escribió el puertorriqueño Edgardo Rodríguez Juliá en *El entierro de Cortijo*, una extensa crónica escrita en 1982 tras la muerte del conocido músico popular boricua Rafael Cortijo.

Y con la salsa sucede algo similar, sigue en pie aunque muchos la consideren enterrada. La salsa sigue resistiendo, bailando en conciertos maratónicos y multitudinarios bajo la lluvia, conjurando la ausencia definitiva de muchas de sus figuras míticas con cantos y sonidos de tambores en los entierros, con los pies bien puestos en la tierra, por donde sube y se mueve el espíritu de un pueblo que nos ha hecho sentir orgullosos de lo que somos. Pero con el cumplimiento inevitable de la ausencia va surgiendo la nostalgia, que es otra forma de la memoria. Dicen que la nostalgia es un duelo mal hecho y la salsa, como el tango, va camino de cubrirse de un sentimiento del pasado que se baila.

“La muerte exhibe en estas latitudes todos sus carismas. Ese *escorial* permanente que es la cultura hispánica y barroca se concreta aquí en el cuerpo yacente de mi plenero mayor. Cortijo, Cortijo, un Cortijo silencioso que casi prefiero no mirar. Y es que la muerte de un músico, ese silencio perfecto, resulta dos veces más aterradora. La vida como sonido queda burlada del modo más ejemplar. Pero ya veremos cómo la comunidad le *busca la vuelta* a este asunto tan espinoso, el perfectísimo silencio de mi Cortijo”, dice en su crónica Rodríguez Juliá.

El perfectísimo silencio de las tumbas de Ismael Rivera y Rafael Cortijo con el que me tropecé en el cementerio San José de Villa Palmeras, en un ruidoso barrio obrero de San Juan; el mismo



silencio que sentí retumbar bajo la sombra de un árbol de caoba en la de Héctor Lavoe, en el cementerio civil de Ponce; que vi ondear junto con varias banderas puertorriqueñas desteñidas desde la tumba del compositor Catalino “Tite” Curet Alonso en el de Santa María Magdalena de Pazzi en el barrio La Perla de San Juan; y que contemplé tendido en el piso, asoleándose sobre la de Cheo Feliciano, en La Piedad a las afueras de Ponce.

El principal interés de mi viaje era asistir, el domingo 13 de marzo, al trigésimo tercer Día Nacional de la Zalsa —con zeta porque lo organiza la emisora Z93—. La ida al estadio de béisbol Hiram Bithorn —nombre del primer puertorriqueño que jugó en las Grandes Ligas—, donde se llevó a cabo el concierto, fue mi primer contacto con el San Juan colonial hecho a la gringa, con autopistas y centros comerciales gigantes. Una colonia es para eso —pensé—, para llenarla de cosas del imperio —aunque también están el Viejo San Juan, hecho a la española, y otro más mezcladito, más mestizo, como el barrio La Perla, con casas humildes de material, laberintos y pasadizos.

A las afueras del estadio, además de la venta de camisetas, sombreros, maracas, güiros y claves, vi grupos de amigos y familias bajo carpas, con asadores, mesas con refrescos y comida, neveras portátiles con cerveza y parlantes que retumbaban al son de los cueros. En algunas de las carpas había pequeñas orquestas de ocasión, con timbales, congas, bongós, trompetas, que tocaban para divertirse y alegrar a



los que pasaban camino al estadio. Un gran picnic con salsa y sabor.

Como diría la Orquesta Narváez, el cielo estaba “reencancaranublado” cuando llegué, cerca del mediodía, y amenazaba lluvia. Había ya unas quince mil personas bailando, en la parte baja y en las graderías. El programa incluía orquestas desde las once de la mañana hasta las nueve de la noche y anunciaba a Eddie Palmieri como la estrella principal, con dedicación especial para Tito Rojas y Lalo Rodríguez, y con ellos otros grandes como La Sonora Ponceña, Roberto Roena y Charlie Aponte. A ninguno de ellos los había visto en vivo, así que mi bienvenida a Puerto Rico sería una experiencia difícil de repetir.

Mi guía y anfitrión era un personaje pequeño y delgado, de gafas y boina de profesor universitario, con un nombre muy salsero: César Colón Montijo, un “cocolo” —como le dicen a los fanáticos de la salsa— y amigo puertorriqueño que se ha pasado los últimos diez años de su vida estudiando el mito de Ismael Rivera. Recién llegado de Nueva York, donde adelanta un doctorado en etnomusicología, César celebraba que en sus 35 años de vida asistiría a su vigésimo Día Nacional —desde donde esté viajando cada año a Puerto Rico para asistir al evento—; su hermano, apodado Millo, iba a su número veintiséis, y su tío Chelo

no se había perdido ninguno. Los Montijo son una familia oriunda de Ciales, un pueblito agricultor del centro de la isla, a una hora en carro de San Juan, de ancestros jíbaros (campesinos), que viven la salsa como una comunión con sus ídolos, su tierra y su gente.

En los días siguientes, César me llevaría de paseo por “las tumbas” de muertos que de muertos “no tienen ná”. Primero al barrio La Perla, esa “acuarela de pobreza” que Tite Curet e Ismael Rivera immortalizaron en su canción homónima. Ubicado por fuera de las murallas del Viejo San Juan, el barrio tiene fama de duro, de esa fama a la que tanto le cantaron los soneros, con drogas y tipos guapos con tumbao al caminar; con artesanos, mecánicos, obreros, artistas que le cantan y lo llenan de color. Los turistas lo ven desde lo alto, como un inhóspito cruceiro encallado en la playa, sin atreverse a visitarlo. César dudó mucho antes de decirse a adentrarme por sus callejuelas.

—Aquí se metía Maelo a *janguear* con sus panas. Es un barrio con mucho carácter y resistencia. Una vez vino Donald Trump por aquí porque quería construir un hotel en La Perla —me dijo—. Dicen que desde abajo le gritaban y le hacían gestos retándolo: “¡Baja, anda, baja!”.

“Por eso es barrio eterno, también universal, y al que se mete con mi barrio, me cae mal”, canta Rubén Blades en la canción de Calle 13 dedicada a La Perla. Quizás el saber que yo venía de Medellín animó a César a arriesgarse. Estábamos a media mañana y el barrio se veía solo desde las murallas. Bajamos temerosos por una callecita estrecha, yo con la pinta de turista: pantalón corto, gafas oscuras y gorra, y con la cámara guardada en la mochila. César con su boina, gafas y sandalias de cuero.

—Déjame yo pregunto para no tener problemas —me dijo al ver tres muchachos sentados en una acera en la mitad de una cuadra.

No escuché, pero podíamos seguir tranquilos. Les pedí permiso para tomarle una foto a un mural que tenían detrás.

—No nos saques a nosotros —dijo uno.

—Solo al dibujo —les dije.

Sobre una franja blanca, en la base de la muralla, con dibujos de calaveras, palmeras, casitas arrumadas, garritas antiguas, un tiburón y un par de olas, se leía: “¡Todavía aquí estamos vivos! —La Perla”, y tan solo unos metros adelante, sobre la puerta de un garaje, los rostros dibujados de cuatro ilustres fallecidos: Héctor Lavoe, Frankie Ruiz, Rafael Cortijo e Ismael Rivera. “Los difuntos pintados en la pared con aerosol

y los que quedan jugando basquetbol”, como canta Residente.

Me pareció que todo Puerto Rico quería gritar que seguía vivo, sobre todo si tenía en cuenta que íbamos camino del cementerio Santa María Magdalena de Pazzi, a un costado del barrio, y donde desde 2003 está enterrado Tite Curet, quien describió en sus letras el sentimiento de su “pobre gente pobre” por los entierros y las tumbas humildes.

Ya tenía claro don Tite, antes de que Rodríguez Juliá escribiera sobre el entierro de Cortijo, que morir en Puerto Rico puede ser “un verdadero espectáculo”, “un show de tremendo cariño”, la revancha de la vida —la *vuelta* que le da la gente— al perfectísimo silencio de la muerte, acompañada de música.

“No quiero que nadie lllore / si yo me muero mañana / ay que me lleven cantando salsa / y que siembren flores, allá en mi final morada”, como dice Cheo Feliciano en *Sobre una tumba humilde*. Flores de todo tipo: silvestres, “como adorno bendiciendo”; de papel, “con lágrimas de verdad” —como canta el mismo Cheo en *Los entierros*—; y una flor de llanto “para que sepas que yo te quiero / para que sepas que yo más nunca voy a olvidarte”.

¿Se imaginaría el humilde Tite que iba a ser enterrado en el cementerio de los héroes de su patria, a la orilla del mar, donde parece que la muerte se remoja los pies con las olas y contempla el horizonte azulado del Caribe? ¿Allí tan cerca del líder independentista Pedro Albizu Campos, rodeado por ilustres colegas como Rafael Hernández y Felipe Rosario, Don Feló, en un reluciente cofre dorado, dentro de una tumba de mármol, con su pueblo cantándole: “No quiero penas, tampoco llanto / lo que quiero es bomba y plena / pa’l campo santo”, y coronado por dos floreros con flores de plástico... “porque las flores ya mañana se marchitan / y el cementerio es un olvido indiferente”, como escribió en *Los entierros*? Ahora entiendo por qué los cementerios que visité estaban llenos de esas coloridas flores embalsamadas. Ni las flores se quieren morir en la isla.

Y mientras por la tarima del Día Nacional de la Zalsa pasaban Charlie Aponte y Tito Rojas, la lluvia caía sobre San Juan. En la parte baja seguían bailando, las parejas dando vueltas, y las mujeres ondeando los brazos como diosas durgas, así como se batían en el cielo gris banderas puertorriqueñas, colombianas, venezolanas; algunos tocaban güiros y campanas; otros permanecían sentados en sillas plegables de lona, escurriendo agua, con latas de cerveza en los apoyos brazos; uno agitaba las maracas y cantaba en una silla de ruedas; familias completas y grupos de amigos iban con camisetas estampadas como si pertenecieran a una excursión: “Soy salsero íntegro”, “Soy cocolo y qué”.

Parecía una fiesta callejera, de muchos barrios reunidos, donde los cantantes viven en tu cuadra, se parecen a tu papá, a tu abuelo, a tu tío, vestidos de pantalón y camisa de cuadros, con el pelo canoso y el bigote tupido. Viejos queridos que no quieren dejar de bailar. En la tarima La Sonora Ponceña y en el coro, bailando detrás del micrófono, don Enrique “Quique” Lucca, de 103 años. Su hijo, Papo Lucca, a punto de cumplir setenta.

Chelo, el tío cincuentón de César, no dejaba de rasgar su güiro. Era su despedida del Día Nacional, pues se iría a vivir a Estados Unidos y no sabía si el año entrante volvería. Bailando, los Montijo le decían adiós a una tradición y el tío Chelo, con el güiro encendido, recibía la lluvia que caía a mares y no alcanzaba para apagar tanto sentimiento.



La noche se asomó con Roberto Roena y a su sombra hizo su aparición la nostalgia, una invitada que a medida que la ausencia de los ídolos avanza se hará sentir con más fuerza. Por primera vez en mucho tiempo estaban juntos tres de los cantantes históricos que hicieron famosa a la Apollo Sound en los setenta: Sammy 'el Rolo' González, Tito Cruz y Papo Sánchez. Y en sus voces estaban los éxitos del recuerdo: *Tú loco, loco y yo tranquilo; Mi desengaño; Avisale a mi contrario*. La lluvia seguía cayendo y entonces, "potente cual marejada", sonó ese lamento borincano de Tite Curet. El estadio entero bailaba y cantaba en coro: "Marejada feliz, vuelve y pasa por mí / aún yo digo que sí, que todavía pienso en ti".

En el muy salsero barrio de Santurce —cuna de Ismael Rivera, Rafael Cortijo, Tite Curet, Daniel Santos, Andy Montañez, entre muchos otros cantantes, músicos y compositores— quería visitar la casa donde nació Ismael Rivera, en la calle Calma. César volvió a dudar, esta vez con mayor resistencia. La calma no es la sensación dominante en ese lugar del barrio.

—Hermano, yo prefería no ir por allá —me dijo César.

La casa está cerca de un expendio de drogas, atravesada por enfrentamientos recientes entre traficantes. Hasta el último día del viaje le insistí a César que me llevara, pero no cedió, y aunque lo intenté por mi cuenta —un entusiasta que conocí en un bar me dijo que trabajaba cerca y que me llevaría, pero luego desapareció—, al final no conseguí ir. Me quedaba entonces el consuelo de visitar la tumba de Ismael en Villa Palmeras, otro sector de Santurce donde los muertos no amenazan a nadie.

En el entierro de Cortijo los muertos fueron dos. Maelo también murió ese día, aunque fuera enterrado cinco años

después. Su voz ronca y desgastada nunca más volvió a cantar. El perfectísimo silencio de la muerte es aún más aterrador en vida. Y sin embargo, Ismael sigue vivo, como un náufrago que no deja de cantar. En la descripción de la ausencia hay algo de ternura, que no sé si a veces se confunde con la melancolía.

Maelo está frente a la tumba de Cortijo, su compadre musical, amigo de infancia y de raza, con quien cumplió el sueño de convertirse en cantante y con quien revolucionó los ritmos tradicionales de la isla llevándolos a todos los salones de baile. Antes de que cierran el féretro e inicie la procesión hacia el cementerio de Villa Palmeras en Santurce, Maelo está a punto de naufragar: "En todo dolor comunitario hay una pizca de narcisismo [...]. Nada de compostura y sufrimiento interior para el Maelo, este dolor hay que testimoniarlo [...] *Que le da, que le da...* La prima de Cortijo ya sabe que Maelo está a punto del llanto histórico. [...] *Está bien, Maelo, está bien, no, no, no puedes seguir así...* Pasó de la ternura a la severidad cuando Maelo insistió en permanecer allí, en seguir tocando y besando a su amigo muerto...", escribió Rodríguez Juliá en esa larga crónica que me pareció el *Relato de un náufrago*.

Y finalmente, como en el barrio donde vivieron, quedaron a pocos metros el uno del otro para la posteridad. Cortijo, a mano izquierda, muy cerca de la entrada del cementerio de Villa Palmeras, donde cruzando la calle están las casas y los talleres del barrio que los vio crecer, y Maelo unos metros más al fondo, a la derecha, cerca de un muro del cementerio que da a la parte trasera de más casas del barrio.

—En esa foto debía tener unos 36 años, cuando salió de "Las Tumbas", porque está gordo —me dijo César frente a la lápida de Ismael.

"De las tumbas quiero irme / no sé cuando pasará / las tumbas son pa los

muertos y de muerto no tengo ná"... Ah, las ironías de la vida, hasta ese momento no sabía que *The Thombs* era el apodo del Centro de Detención de Manhattan, una de las cárceles en las que Maelo estuvo preso durante tres años y ocho meses, en dos prisiones de la isla y en dos de Estados Unidos.

La foto, incrustada en la parte superior de una placa de mármol negro, era pequeña y ovalada, como de carné, en blanco y negro, vestido con saco y corbata, sin barba y con el pelo corto y negro. Una imagen terrenal, de oficinista, sencilla y recatada para quien la imaginaria popular asemeja a un Cristo. Nada parecida a la imagen sonriente, de barba y afro canosos, de negrito chévere y cargado de sabiduría que conocimos los salseros nacidos a finales de los setenta en las carátulas de sus discos, cuando ya servía de modelo para la encarnación latina del Nazareno.

En la base de la placa se leen dos inscripciones: "El Nazareno me dijo que cuidara a mis amigos" y "Que mi pueblo no pierda la clave", mandamientos eternos del Sonero Mayor, como si la salsa fuera una celebración de la amistad y una forma de ser popular, de seguir siendo latinos.

—Hay una devoción patriarcal por Maelo que es distinta a la de otros salseros, una sabiduría popular que la gente presente, una brega entre lo sagrado y la jodedera de la calle que habla de las transformaciones sociales de Puerto Rico —dijo César como si estuviera recitando apartes de su tesis.

La lápida es de mármol gris, doble, pues también alberga los restos de Carlitos Rivera, hijo del cantante, y tiene tres floreros encima, también de mármol, llenos, cómo no, de flores plásticas, naranjas, violetas, amarillas, fucsias y rosadas, entre uno de ellos hay un tímido ramillete de flores marchitas, como de papel quemado por el sol.

—Por mucho tiempo estubo con la lápida partida y enmalezada. Los panameños se lo querían llevar porque aquí no lo cuidaban —agregó César para poner en perspectiva el sentimiento de su pueblo.

Caminando hacia la tumba de Cortijo, veía el cementerio en un plano inclinado que me pareció una avalancha que iba contra la silueta de los edificios de San Juan, que se dibujaba contra el horizonte. La tumba de Rafael Cortijo tiene tres placas recordatorias, como si hubieran sido puestas en diferentes épocas. La principal y más grande, que sirve de respaldo a la lápida, está coronada por una cruz y encabezada por un RIP entre claves de sol. Sobre la lápida hay tres floreros con más flores plásticas, amarillas, azules, rosadas.

—Para la fecha de su muerte, al llamado del percusionista Ángel 'Cachete' Maldonado, Ismael, Tite, Cheo y otros pleneros venían a tocarle un belén con bomba y plena —dijo César. Afuera se oían los carros pasar por la avenida.



La calle de entrada al Cementerio Civil de Ponce inicia con un mural con el rostro de Héctor Lavoe, de gafas, con el puño en el rostro, luciendo dos grandes anillos de oro. De fondo se ven casitas de madera del barrio Clausells con gente en las ventanas y tres parejas bailando. En la parte inferior se lee: "Mi gente, ustedes". La de Jéctor era la voz que *nació en el pueblo*, de la gente, del campesino, del obrero, del citadino; del niño, del padre, de la abuela, de cualquiera. Del barrio. De sus penas y alegrías. "La que dieron por muerta / la que tanto comentaron y jamás pensaron / que hoy estuviera de vuelta", como canta en *Soy la voz*.

En la entrada nos recibió un muchacho flaco que se ofreció de guía y se presentó como Noel. De una oficina sacó una placa de vidrio que dijo había sido traída de Cali. A pocos metros de la entrada estaba la tumba regalada por el municipio a la que llegó Héctor casi diez años después de muerto, en 2002, luego de su entierro en Nueva York en 1993. César fue testigo de ese segundo entierro, al que asistió hasta el mismísimo diablo.

—La comitiva fúnebre fue del aeropuerto de San Juan a la Placita de los Salseros. De allí saldríamos en caravana para Ponce. En la placita se abrió una puerta a una limosina y alguien gritó: "¡El Diabolo!", al tiempo que Willie Colón salía del carro, tal como le gritó Héctor en algún solo de trombón —contó César.

—Este cementerio tiene cinco yardas y aquí una placa hay dieciséis cementerios —dijo Noel.

El comentario era una forma de ponerle una medida a la muerte. La placa sobre la lápida estaba encabezada por una clave de sol y la inscripción: "Aquí, en tierra ponceña, como fue su voluntad, descansan los restos de 'El cantante de los cantantes' Héctor Juan Pérez Martínez 'Héctor Lavoe' 1946-1993".

—Cada seis meses viene la hija de crianza y le hace un homenaje, ahora quiere cambiarle la lápida por una de mármol negro —dijo Noel.

A lo lejos, no es broma, César es testigo, se escuchaba "Nadie se atreva a llorar / dejen que ría el silencio / por qué lo lloran caramba, por qué lo lloran, si ese hermanito ya está en la gloria".

—¡No jodas, *La cuna blanca!*, del difunto Raphy Leavitt —dijo César—. Cuando llegamos aquí el día del entierro de Héctor no cabía la gente, y cuando fueron a meter la caja en el hoyo, se atascó. Alguien gritó: "No se quiere ir" y otra persona respondió casi de inmediato cantando: "a la la la la la laaaa, que cante mi gente" a lo que todos respondimos en coro: "a la la la la la laaaa".

Al ver que iba a tomar fotos, Noel puso sobre la lápida el recordatorio dejado por los caleños: "Para ti que eres la voz de la salsa, pedimos que el todopoderoso te tenga en su coro celestial. Cali

— Colombia. Elinge". Detrás quedó un ramo de flores naturales blancas y amarillas con una nota de un grupo de salseros de La Rioja, España: "Gracias Héctor por ser tan chévere, por tu música y humildad. Vives en nuestros corazones" y una larga lista de nombres.

—Aquí también está enterrada Isabel, la Negra, la madame de Ponce —dijo Noel intentando alargar la guía.

Isabel de la noche, de quien César me contó que Cheo Feliciano cuando era niño, para ganarse unas monedas y aprender inglés, llevaba marinos y militares gringos a la casa de la madame, la misma del homenaje de Tite Curet cantado por Cheo: "Isabel, vacila tanto Isabel / vive la noche buscando solo placer".

Y con ese recuerdo nos fuimos para el cementerio La Piedad, a las afueras de Ponce, a buscar la tumba de ese niño mimado de Puerto Rico. Ana Teresa Toro, colega de César, le dedica al entierro de Cheo un aparte de su crónica *Las viudas de la salsa*, publicada en *Cocinando suave. Ensayos de salsa en Puerto Rico*: "El entierro al final, fue privado. Decenas de personas se quedaron con las manos agarradas de los portones. El más indignado de todos era un hombre blanco enrojecido por el sol, quien con una cerveza en la mano empezó a reclamar que eso que estaba sucediendo era injusto porque "¡Cheo es mi familia!". Otro gritaba: "Nosotros los hemos cargado a todos, a Cortijo, a Ismael, a Héctor". Lloraban de rabia. De calor. De pena. De todo a la vez. Cuando el luto viene por la voz se siente en medio del pecho, desde el mismo lugar desde donde se canta. Un luto que más que llorar, se respira. Lo invade todo. Como el aire".

La familia es la familia, ¿qué más se puede decir? El cantante de *Sobre una tumba humilde* fue enterrado en un cementerio que me recordó a esas imágenes de tumbas de soldados caídos en combate de las películas gringas de guerra, pero en lugar de lápidas blancas y verticales como fichas de dominó veía una explanada con floreros metálicos y flores plásticas como en un sembrado artificial. Las lápidas de mármol están todas a ras de piso, más muertas que muertas. ¡Qué nadie se atreva a levantarse!, todo lo contrario a la sugerencia socarrona de Ismael en *Entierro a la moda...* "Y a lo mejor de la caja yo me levanto y salgo a cantar...".

En una placa de metal negra, en un costado de la lápida, en letras doradas y muy pequeño, como si fuera una tarjeta de presentación profesional, dice: "Vivirás siempre en los corazones de esposa, hijos, nietos y hermanos" y más abajo: "José Luis 'Cheo' Feliciano. Julio 3, 1935 – Abril 17, 2014". Nada más. Ni mandamientos ni oraciones.

De todas esas tumbas es de donde proviene la nostalgia. Y a ras de suelo, sobre un andén adoquinado en La Guancha, el puerto en el extremo sur de Ponce, está la estatua de Héctor Lavoe, parao, con un pie atrás y otro adelante, como si quisiera salir corriendo... "Huye que te coge la muerte", nos cantaría a todos El Gran Combo en ese momento. Tiene el micrófono en la mano derecha y un par de maracas en la izquierda, y la boca y los ojos abiertos.

Dicen que uno puede conocer un lugar por cómo sus habitantes despiden y entierran a sus muertos. De Puerto Rico me quedan la sentida crónica de Edgardo Rodríguez Juliá y la conmoción que me dio enterarme de que existen "funerales creativos", conocidos popularmente como "el muerto parao", que consisten en velar a los fallecidos en su postura y con sus atuendos más representativos.

El primero, de donde proviene el nombre popular, fue en 2008. La Funeraria Marín cumplió el deseo de Ángel Luis Pantojas, Pedrito, de que lo velaran "parao", y lo pusieron de pie, con gorra y gafas oscuras, en la sala de su casa; siguieron el de David Morales, montado en una moto de alto cilindraje y el del paramédico Edgardo Velásquez, manejando una ambulancia; luego hubo otros manejando un taxi, jugando dominó en el bar de la esquina, sentada en una mecedora vestida de novia, disfrazado de linterna Verde, en posición de combate y con guates de boxeo en la esquina de un ring.

El más escalofriante fue el de Fernando de Jesús Díaz, Bebo, sentado haciendo carrizo, con un cigarrillo en la mano y los ojos abiertos. Una moda que me pareció más que curiosa extravagante, como si esos muertos embalsamados fueran la expresión de un pueblo en pie de lucha contra la muerte. ¿Serán acaso un signo de su historia colonial? ¿Una resistencia a dejar de ser lo que se es definitivamente? Sea lo que sea que uno es cuando se muere: ¿un holograma?

"¡Mi gente, ustedes!", se oye cantar a Héctor Lavoe y se le ve bailar erguido, agitando los brazos, vestido con una luminosa chaqueta azul eléctrica y un pantalón blanco fantasmal, iluminado por un haz de luz holográfico, con Willie Colón tocando el trombón a su lado. Es el último concierto de las estrellas de La Fania en Puerto Rico en 2013, veinte años después de que La Voz dejara esta vida. La gente no sabía si llorar, seguir bailando o grabar con sus teléfonos a ese muerto parao que les cantaba desde la tarima.

Quizás así es el amor de este pueblo por la música y sus cantantes, y no está lejano el día en que al primer sonero de Puerto Rico lo embalsamen y lo velen parao —ya pasó en Nueva Orleans con el jazzista Lionel Baptiste—. Entre tanto, Rubén Blades, un hijo adoptivo de la isla, un vivo capaz de cantar al *Mundo*, ya nos regaló a los salseros los versos para ese día: "Si yo he vivido parao / ay que me entierren parao / si pagué el precio que paga / el que no vive arrodillado". ©

En el Parque de los Deseos existe un planeta (*Kaldi*) y es delicioso ...

Empanada Argentina Pascualinas

Almuerzo sano, natural en la sede del Planetario

Visítanos: Planetario de Medellín, entrada principal
Tel: 263 2511 / Repostería y panadería natural, cafés de origen.

Carlos E Restrepo / Tel: 260 1355 calle 53 # 64A 31

Kaldi Kaffo
calor a trigo y aroma de café

LA RUEDA FLOTANTE

Investigación estética + Formación + Creación escénica

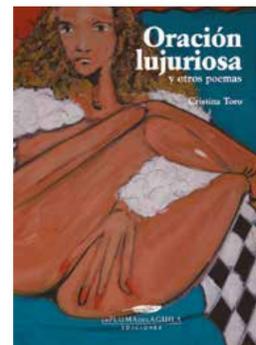
Cultura y Arte Sordo
Experiencia bilingüe
en Lengua de Señas - LSC-

Diversidad e Inclusión con la
Pedagogía en los Sentidos para niños y adultos sordos

Carrera 39 # 48 - 45, Medellín
Tel. 4173961
laruedaflotante.blogspot.com
laruedaflotante@gmail.com

ORACIÓN LUJURIOSA

Lava de Pompeya, báname;
ceniza del Vesubio, cúbreme;
tierra volcánica, sepúltame;
fuerzas del centro de la tierra,
regrénsme a las paredes donde fui
alguna vez hetaira complaciente,
llévenme a las termas
donde flotó mi lascivia
en tiempos de temblores,
devuélvanme a la celda
del lupanar donde un mancebo
se jugó la vida por besarme,
hagan de mí un silencio que no grite
este deseo de habitar en ti.



LA PLUMA DEL ÁGUILA
EDICIONES

El libro *Oración lujuriosa*
fue escrito por
Cristina Toro y editado
por La Pluma del Águila.
Cómpralo en librerías.

Mi vecino es colombófilo

por JUAN VÁSQUEZ

Ilustración: Manuel Celis Vivas



empalme de las baldosas y persiguen con osadía a quienes llevan comida en las manos, serían los familiares menos prestantes de las palomas organizadas y bien cuidadas de mi vecino.

Tenía la imagen lejana, convertida casi en una borrosa fantasía, de que alguna vez las palomas fueron encargadas de llevar importantes mensajes. Pero en esa imagen prescindían de los cuidados de los hombres, eran más bien palomas libres que se acercaban a un caballero del siglo XVIII, o de antes, a decirle “¿necesitas que te lleve una carta a alguna parte?”. Por eso no creo que nadie hubiera dicho con solo mirar a mi vecino, “ve, ese man tiene como cien palomas en la casa”. Ni yo pensé que alguna vez lo iba escuchar a él en la tienda hablando de sus palomas, diciendo que una de ellas podía costar un millón de pesos cuando regresara volando desde Popayán; 550 kilómetros entre montañas, fríos intensos, lluvias, calores insoportables. Fácil.

Sin darme cuenta empecé a mirar cada vez más a mi vecino y su palomar, a pensar en él en horas en las que se suponía que debía trabajar, a hablar de sus rituales, de sus gestos, su dedicación. “Yo también tengo un tío colombófilo”, me dijo un amigo en una conversación en medio de unos tragos sin darse cuenta de mi sorpresa. Hasta ese momento no se me había ocurrido que en ese asunto de mandar mensajes se necesitan dos personas y que entonces debía de haber más de un colombófilo por ahí suelto. La otra cosa que me sorprendió fue la palabra.

Llegué a mi casa a mirar de nuevo a la casa de enfrente, esta vez preguntándome por la palabra y por las personas que mandaban o recibían mensajes. Busqué en el diccionario. “Colombofilia (Del lat. *columba* ‘paloma’ y *-filia*)

1. f. Cría y adiestramiento de palomas mensajeras.

2. f. Conjunto de técnicas y conocimientos relativos a la cría y adiestramiento de palomas mensajeras.”

En ninguna parte de la definición vi a mi vecino cuidando su bandada de aves, en ninguna parte vi la *philia*, ese lazo inquebrantable que puede establecer un hombre con sus pasiones. Quiero decir que sí, es cierto que él cría y adiestra a sus palomas, pero en la definición no se reflejaba lo que yo estaba descubriendo. Leí con atención el significado casi tantas veces como las que me paraba a mirarlo y la distancia entre la teoría y la práctica me parecía cada vez más grande. Algo en mi vecino, en

su devoción y entrega, escapa al simple hecho de decir que alguien es colombófilo, criador de palomas mensajeras.

Una tarde, mientras cocinaba, escuché el alboroto de las loras de San Joaquín. No era la primera vez que las oía porque el barrio está lleno de árboles que sirven de nido a muchos pájaros, entre ellos bandadas de loros que se le pasan hablando como loros, pero ese día, esa tarde, estaban más bullosos que nunca. Corrí a la ventana y vi una pareja de ellos parada en los cables de la luz, alegaban con un pánico ensordecedor. Los miré desconociendo la causa de su alboroto. Al lado de los cables las palomas zureaban irritadas. Miré a la cocina de mi vecino y lo vi venir desde el fondo del corredor de su casa, tomar un palo del suelo y tirarlo con rabia al árbol de corcho, al lado de los cables de la electricidad. Los loros huyeron en silencio y de las ramas casi secas del árbol voló un gavián marrón gigante. Mi vecino me miró parado en la ventana, movió su cabeza de un lado a otro, encendió un cigarrillo y se internó de nuevo en su casa, seguido por un pitbull musculoso que yo no había notado hasta entonces.

Después de ver a un colombófilo en acción no leí más la definición espuria del diccionario, incluso decidí no fiarme mucho de los redactores de la Real Academia de la Lengua; en cambio, me dediqué a buscar en el cielo a otras bandadas de palomas y en otras casas del barrio a otros remitentes y destinatarios.

No fue en el cielo ni en otras casas donde descubrí a los otros. Primero escuché desde mi sala a alguien alegando con entusiasmo. “Yo no te puedo dar tiempo solo porque... (inaudible) Sabaneta”. Luego, asomado en la ventana, vi muchos más carros de lo usual parqueados a lado y lado de la calle. Alrededor de la casa del vecino estaba una veintena de hombres hablando sobre lugares, tiempos de vuelo, dinero. Salí para la tienda de la esquina simulando la urgencia del hombre casado cuando, un viernes en la noche, descubre que no hay arepas para el desayuno. En el recorrido noté que los carros tenían calcomanías similares: “Alas libres de tal parte”, “Alas de tal otra”, “Alas”. Fui a la tienda por un andén y regresé por el otro donde había un camión verde rodeado de cajas grises de plástico que en lugar de contener frutas contenían palomas. Las inspeccioné buscando cartas de amor, fotos, dinero, chocolates, pero sus patas y picos estaban limpios. Ya de nuevo en casa reparé en que el palomar de mi vecino estaba vacío y él fumaba mirando el camión alejarse.

¿Qué haría mi vecino sin entrenar a sus aves? ¿Qué mensajes llegarían? ¿Hasta cuándo tendríamos que esperar a

nuestras palomas? Mi dedicada labor de observador se vio interrumpida la mañana siguiente, pues recibí la terrible noticia de que un familiar no muy cercano había muerto incinerado en su apartamento, a unas cuadras de mi casa. Cuando recibí la noticia, sentado en la sala, miré a la ciudad buscando respuestas a una pregunta que todavía no estaba formulada. También estaba preocupado por la espera incierta a la que las palomas nos habían sometido, imaginaba al colombófilo sufriendo por la partida y por la llegada de sus animales. Al llegar la noche se encendieron las luces de la cocina de la casa de enfrente y por el corredor apareció mi vecino acompañado por dos mujeres que yo había visto antes. En la mesa blanca había media botella de ron. Una de las mujeres le subió volumen a una canción de salsa que sonaba en la radio: “Vuela la paloma, en su palomar/ y vuela que vuela, para no tornar/ Vuela la paloma, en su palomar/ y vuela que vuela, para no tornar”. Todos elevaron sus vasos y formaron un círculo bailando. En el coro de la canción, mi vecino le dio la espalda al par de mujeres mientras bajaba al ritmo del son pegajoso, como diciendo con la alegría de sus movimientos “el muerto al hoyo y el vivo al baile”.

En la mitad de la mañana del día siguiente, en el cielo despejado del domingo, apareció una paloma volando en círculos amplios alrededor de la casa. El batir cansado de sus alas contrastó con la sonrisa de mi vecino que detrás de sus gafas oscuras seguía el círculo dibujado por la paloma en el aire, hasta que ella aterrizó en una plataforma en la entrada del palomar. Mi vecino no retiró ningún mensaje de las alas ni del pico, sin embargo permanecía sonriendo con la llegada de una de las palomas. Unos minutos después empezaron a llegar las otras que eran contabilizadas por mi vecino y por mí, aterrizaron en el techo, en el suelo, en todas partes, y en orden, una a una, saltaban a la plataforma para entrar al palomar. Al finalizar la tarde alguien preguntó desde la calle cuántas palomas habían llegado. “Cuarenta y dos de cuarenta y cinco”, respondió el colombófilo.

Aparte del día en que vi a mi vecino en la tienda, solo lo he visto una vez por fuera de su casa. Ese día yo iba para el trabajo, eran las siete y media de la mañana, y él caminaba mirando al piso, sin cigarrillo, agarrado al lazo que lo ataba a su pitbull. Perro y hombre caminaban despacio. Por esas cosas de la intuición animal, el perro percibía la pasión colombófila de su amo, quien parecía preferir esperar a sus palomas que sacar a cagar a su perro. ☺

Llegué a vivir al barrio San Joaquín y vi desde mi nuevo ventanal un gran nido de palomas en el cuarto piso de la casa del frente. No sabía qué cosa era la colombofilia. Si hubiera escuchado esa palabra por esos días, habría imaginado a algún tipo que se masturba oyendo el himno nacional de Colombia o leyendo los relatos del famoso navegante italiano. O habría pensado en una señora aficionada a tomar infusiones de una planta que se llama Colombo, de la que tengo referencias porque es bendita para el estreñimiento y la falta de apetito. Hubiera imaginado muchas cosas, menos que el verdadero significado lo descubriría mirando a mi vecino durante meses desde mi ventana.

El día que llegamos a la casa nueva no me pasó desapercibida la construcción rústica de enfrente: una jaula en mallas metálicas del tamaño de una habitación pequeña, con piso de madera, cubierta con tejas de zinc. La jaula está sobre una cocina cuyo estilo no figura

en ninguna revista sobre ambientación de espacios, no tiene gabinetes, solo el mesón para cocinar y una mesa de plástico blanca con sillas Rimax donde he visto comer muchas veces a mis vecinos.

Cuando terminamos de subir todos los chécheres, sentados sobre cajas sin destapar, los muchachos del trasteo y yo contamos cuarenta y seis palomas encerradas, todas zureando y cagando de un lado para otro. No contamos otras tantas encerradas en una jaula del tercer piso al lado de la cocina, tan grande como un baño para visitantes.

El cansancio por el trasteo no le dio un respiro a nuestra curiosidad, ciertamente no a la mía, por lo que ese día no me pregunté por qué alguien en tiempos de internet y de mensajes instantáneos tendría una bandada de palomas. Sin embargo, mientras me acomodaba en la casa, sin comprar cortinas todavía, empecé a encontrarme una y otra vez parado en la ventana, mirando a mi vecino subir por la escalera de pintor a cuidar sus palomas. Esto lo hace a las seis y media de la mañana para abrir

la puerta de la jaula y darles una vuelta; al mediodía para organizar la comida, el agua y hacer arreglos menores al palomar; en la tarde, antes de la puesta del sol, para darles otra vuelta. Con la religiosidad del más fiel de los creyentes o con el amor más intenso de cualquier enamorado, mi vecino sube al palomar, suelta sus aves y enciende un cigarrillo para mirarlas volar en círculos por el barrio. A veces, aún no sé por qué, sostiene una vara de bambú para hacerles señales en un código conocido por sus palomas. Otras veces iza una bandera negra en su palomar, es la señal para que sigan volando sin acercarse al gran nido.

Solo en los parques de Belén, Envigado, Bolívar y en la plazoleta de San Ignacio había visto tantas palomas juntas. Sitios donde se juntan los viejos a conversar y a mirar con más curiosidad que lujuria a cuanta muchacha cruza, sin prestar mucha atención a los palomos que sí tienen energías para inflar su pecho y seducir hembras. Jamás pensé que esos roedores con alas, que rastrean con hambre insaciable cada



Nuevos testamentos

por PASCUAL GAVIRIA

Ilustración: Verónica Velásquez



Las historias truculentas tienen casi siempre un testigo inadvertido, una casualidad que las hace comprensibles, un héroe que resulta algo fatuo luego de las grandes exclamaciones de asombro. Pasa igual con los descubrimientos científicos y con las crónicas rojas: el empaque final, la versión pública, esconde casi siempre a los primeros protagonistas.

Olga Behar publicó en 2011 su libro *El clan de los doce apóstoles* basado en sus conversaciones con el mayor Juan Carlos Meneses, quien había sido comandante de policía en Yarumal a comienzos de los noventa. El cuarto capítulo, llamado "Campamento", tiene escasas cinco páginas. Pero revela un secreto clave en toda la historia del grupo paramilitar que daba las últimas bendiciones en Yarumal, Campamento y Santa Rosa de Osos. Allí aparece el sacerdote Gonzalo Palacio Palacio, quien asistía al párroco de la iglesia Las Mercedes en Yarumal en tiempos de Meneses y su antecesor. La actuación del cura Palacio en los hechos de los apóstoles sirvió para bautizar al grupo, y el capítulo cuarto lo descubre en una escena reciente, en la iglesia San Joaquín en Medellín, frente a una familiar de las víctimas de una masacre ocurrida en 5 de junio de 1990 en la vereda La Solita, en Campamento. El capítulo describe el peregrinaje de la familia vinculada a la UP luego de unos asesinatos en Valdivia. La correría llevó a unos a refugiarse en Medellín y a otros en Campamento con la idea de seguir rumbo a Anorí. La masacre dejó seis muertos de la familia López Gaviria, dos hombres, dos mujeres y dos niñas de 11 y 8 años. María Eugenia López, hija de Marta María López Gaviria, una de las víctimas, se salvó luego de elegir la ruta camino a Medellín. Darwin, su hijo de ocho años, estaba en la casa provisional de su abuela en Campamento y fue el único sobreviviente del ataque. Hay una frase que no se le olvida: "Necesitamos un testigo que diga que fue

la guerrilla la que los mató". El capítulo termina con María Eugenia López enfrentando al cura Palacio en la sacristía de San Joaquín. La escena pone las armas en un expediente hasta ahora plagado de letras: un revólver calibre 38 guardado en una biblia y una navaja entrevista bajo una sotana.

Olga Behar sigue el rastro de la familia a la distancia, leyendo un texto publicado en agosto de 2010 por la Corporación Jurídica Libertad, bajo su apartado Derechos Humanos. Para encontrarlo en Google basta escribir "Veinte años de la masacre de Campamento". Andrea Aldana es la periodista que reconstruyó la historia en su momento. En ocasiones quienes trabajan detrás de la puerta blindada de una ONG terminan más en una especie de activismo humanitario que en la sencilla pesquisa de una historia. Ta vez eso permitió que la relación de Andrea y María Eugenia se convirtiera en algo más que charlas esporádicas entre periodista y fuente. Buscaron juntas durante años el rastro del sacerdote Gonzalo Palacio y juntas entraron a la sacristía el día del improvisado caireo. Andrea fue quien bautizó a Darwin para la historia escrita con el fin de proteger al pequeño sobreviviente. En este caso la periodista es una protagonista tardía de la historia, parte del relato.

El capítulo del libro de Olga Behar no tiene un solo hecho distinto a los narrados en el texto original de la Corporación Jurídica Libertad. Y el niño sobreviviente se llama Darwin, lo que prueba que no hay otra fuente posible que el texto de Aldana. La fuga se repite según el mismo libretto, las palabras calçadas aparecen y desaparecen, las amenazas que solo Aldana conocía se reseñan. Solo cuando se cita el testimonio del menor sobreviviente y las respuestas del cura en la sacristía, la señora Behar remite al texto original. Pero en el pie de página no aparece la Corporación Jurídica Libertad, solo dice "Tomado de la Red de Solidaridad y Hermandad: www.redcolombia.org/index.php", una página que agrupa noticias, informes y opiniones de múltiples colectivos sociales y políticos colombianos. No me animé a buscar el texto de la Corporación Jurídica Libertad escrito en 2010 en ese amplio mapa de enlaces. Debe estar por ahí en un rincón. Me pregunto por qué Olga Behar no citó la fuente original y solo se me ocurre pensar que no quería entregar un acceso directo al texto que nutre por completo, hasta el calco por momentos, el capítulo de su libro. Encontrar una versión creíble, usarla con una fe ciega y esconderla en el ovillo incierto de la web.

Esa conducta tiene una doble y paradójica relación con la fuente primaria. Por un lado, una absoluta confianza frente a lo cazado en la pantalla del computador y por el otro, un desdén por el trabajo de quien investigó y escribió la historia de amenazas y muertes. Olga Behar nunca se preocupó por constatar la versión que allí se entregaba ni por dar al menos la referencia cierta de la organización que la publicó. Es verdad que era imposible saber el nombre de la autora, pues no aparece en la publicación original. Pero luego de una comunicación de la autora del texto perdido en internet con la periodista consagrada, en la que le señalaba el error de atribuir el texto a la Red de Solidaridad y Hermandad y se presenta como la persona que escribió el relato, la respuesta fue por lo menos temeraria: "Buenos días, lamento mucho la confusión es difícil arreglarla cuando hay más de veinte mil ejemplares editados y vendidos. En todo caso, lo que supongo (voy a revisar) es que fue una reproducción de la red. Siento inmensamente por todo lo que han oasado (sic) y espero que al fin haya justicia. Un abrazo solidario".

El párrafo más revelador del cuarto capítulo de *El clan de los doce apóstoles* es copiado exacto de la versión original. No se ponen comillas al inicio y al final se cita de nuevo a la Red de Solidaridad y Hermandad:

Sólo veinte años después, el pasado 28 de mayo, pudo cuestionarlo sobre la masacre de su familia, pero el párroco se puso notoriamente nervioso y le dijo que él no sabía nada, que preguntara en la fiscalía, que él era inocente. No obstante, María Eugenia le recordó que a él lo habían arrestado el 22 de diciembre de 1995 y que le habían encontrado un revólver calibre 38 dentro de una biblia. El cura, debido a su nerviosismo, primero lo negó, pero a los pocos segundos, algo desconcertado, lo reconoció. "¿Y es que yo no puedo tener una arma? ¿Acaso el que yo tenga esta navaja significa que la voy a matar?", le dijo el sacerdote a María Eugenia, haciendo ademán de sacar la supuesta navaja de los bolsillos del pantalón. El párroco dio por cerrada la conversación al ponerse la sotana y diciendo que el arma en cuestión se la había regalado "el general Pardo". Para el momento de la masacre, el comandante de la IV Brigada era el general Gustavo Pardo Ariza.

La falta de claridad es suficiente para plantear una reflexión entre las deudas que muchas veces quedan sin saldar entre quienes hacen el trabajo periodístico en el terreno y quienes publican las versiones vendedoras. Es imposible leer los dos textos completos y no sentir que hay una deliberada ambigüedad para encubrir algo muy cercano a la reproducción.

Pero ese texto que parecía olvidado no solo sufrió por imitación. Hace unos meses Gonzalo Guillén retomó la historia en un texto llamado *El cura de las dos biblias*. Aquí se trata sobre todo de un periodista que termina novelando la realidad para que su versión sea efectiva y favorable a sus intenciones. La secuencia demuestra que Guillén está en mora de escribir una obra de ficción:

—Usted mató a mi familia —lo increpó María Eugenia.

—No sé de qué me está hablando —contestó el cura atolondrado.

—Usted asesinó a mi familia, en La Solita, con el ejército y 'Los doce apóstoles' —le gritó de nuevo María Eugenia mirándolo a los ojos.

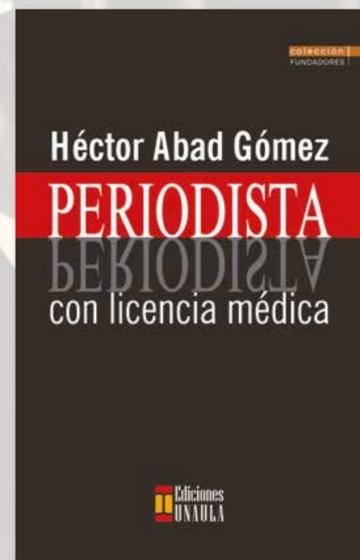
—Lo que quiera saber preguntelo en la Fiscalía, yo soy inocente —murmuró el cura con el aliento agitado y próximo a alcanzar los 80 años de edad.

—A usted lo apresaron el 22 de diciembre de 1995 y le encontraron el revólver que escondía entre una biblia y después quedó libre, pero usted es un asesino —afirmó María Eugenia con un coraje que jamás en su vida había experimentado.

—¿Y es que yo no puedo tener una arma? —replicó el ahora anciano cura. Con el pulso tembloroso, sustrajo de un bolsillo de su sotana una navaja y dobló la hoja bruñida y filosa—. ¿El que yo tenga esta navaja significa que la voy a matar? —preguntó haciendo una embestida fallida hacia la garganta de María Eugenia, que la esquivó.

—¡Ese revólver me lo regaló el general Gustavo Pardo Ariza! (el que fue destituido por haber protegido a Pablo Escobar para que huyera de la cárcel en 1991)."

Los hechos de sangre siempre son oscuros, y ahí están las versiones creíbles para sacar el papel carbón y los efectos especiales. ©



"No es matando guerrilleros, o policías, o soldados, como parecen creer algunos, como vamos a salvar a Colombia. Es matando el hambre, la pobreza, la ignorancia, el fanatismo político o ideológico, como puede mejorarse un país"

Héctor Abad Gómez, 1986

HÉCTOR ABAD GÓMEZ:
PERIODISTA CON LICENCIA MÉDICA
Colección Fundadores,
Ediciones UNAULA, 2016
PVP \$30.000

La Colección Fundadores recoge la tradición escrita de algunos de los hombres que crearon en los años sesenta un claustro para el ejercicio de un pensamiento totalmente libre...





48
PREMIOS
nacionales de cultura
Universidad de Antioquia
2016

CONVOCATORIA

ABIERTA

Del 9.03.2016
al 1.07.2016

43° Salón Nacional de Artes Visuales: **Kai uaido**
34° Premio Nacional de Literatura, modalidad poesía
2° Premio Nacional de Gestión Cultural
17° Premio Nacional Universidad de Antioquia
a las Artes y las Letras / 2016- 2017

Mayor información: www.udea.edu.co/premiosnacionalesdecultura
premioscultura@udea.edu.co • 219 5177 - 2198178



UNIVERSIDAD
DE ANTOQUIA
1932



MINCULTURA



TODOS POR UN
NUEVO PAÍS
PAZ. EQUIDAD. EDUCACION

Evento apoyado por el Ministerio de Cultura - Programa Nacional de Concertación Cultural

Textura basada en un balay Minika

El evangelio del búnker

Es la mañana del lunes de Pasqua. Estamos tirados en la manga, sintiendo las hojas de hierba punzando la espalda firme a través de la camiseta. Agarro la media de Ron Medellín y me mando un trago largo, lo retengo en la boca y luego el sorbo cálido de azúcar y espinas baja por la garganta. Se la devuelvo a Camilo y con la misma mano que toma la botella señala mis zapatos y me pregunta por qué tengo un cordón blanco y otro negro, pero no respondo con palabras; miro distante y suelto un bufido cansado. Llevo dos horas de libertad luego de mi salida del búnker de la fiscalía, del calabozo oscuro. El cielo se extiende surcado de nubes alargadas y contornos desvanecidos, y acostado sobre el manto de la hierba se me esfuaman las ganas de conversar.

Quien guste de explicaciones ortodoxas dirá que esta historia aconteció como castigo por profanar una fiesta de la cristiandad, la entrada triunfal de nuestro señor a Jerusalén que con épico relato nos han legado los cuatro evangelistas del Nuevo Testamento. Es mejor evitar cualquier enfrentamiento con el culto consagrado a revivir los fragmentos más emotivos del evangelio, la buena nueva, el mensaje de la redención. Estábamos tomando aguardiente desde el sábado en la tarde para celebrar ese minúsculo trofeo de empleado que significan unas vacaciones cortas pero bien ubicadas, un suenito breve y bien tomado. La finca era en Santa Elena, con frío mañana y tarde, brochazo gris y verdoso de las montañas enfiladas ante el Valle de Aburrá. Si salir de fiesta en Semana Santa acarreará una sanción divina con canónica justicia, todos los aviones que van para la costa se caerán. Mejor paso al detalle: antes de salir a comprar más trago al parque tomé del perchero una chaqueta gruesa de camuflaje militar pixelado. Otro compañero de faena también se arrojó sin aspaviento con una camisa camuflada. Pero el camuflado verde solo sirve en el monte. Parecíamos una dupla de soldados salvando la rumba de la inevitable pasma. Al llegar a la tienda principal unas miradas recorrieron la pinta con sorpresa, otras con temor, alguna con curiosidad. Era el Domingo de Ramos, ya lo dije, y con la procesión y la misa concluidas, ya el plan de los fieles era tinto en las escalinatas de la plaza, cuidar a los niños que corrían con su ropa impecable de fin de semana y esperar vecinos para dar un saludo simplón antes de preguntar por la cosecha y el trabajo.

Tradición para mí es complementar la compra de botella de licor fuerte con una pola fría, como prudente calentamiento de las piernas y la voluntad antes de emprender el retorno a la fiesta. En ese cuadro del parque éramos, por una sumatoria de detalles evidentes, una pareja de seglares metidos en la continuación de su propia jugera pagana: pelo largo, barba descuidada, arete, tenis sin medias, ojos perdidos, movimientos de amanecido y la cerveza colgando de los dedos vampíricos como una plomada. Y llegó la policía, dos enormes patrulleros que se bajaron de la moto con la soberbia predisposta

de la ley. “Por favor nos acompañan a la inspección”, dijeron con cortesía seca, y como ya sabemos que discutir con ellos es un gesto estéril, simple pretensión de ebrio ante la inminente derrota, obedecemos sin dar más largas. Diez minutos caminando como en un pasillo de condenados bajo esas miradas curiosas y acusadoras, el oficial sobre la moto resollando en su trabajo de escolta porque nos podíamos volar en un descuido, y finalmente el edificio blanco y verde, limpio como hospital.

El trámite se consumó rápido. Cuando repiten tantas veces “tiene derecho a”, uno sospecha que la cosa no va bien. Llamaron una patrulla y ahí nos informaron de la realidad, o mejor dicho, lo que iba a ser realidad: “Cumpliendo con nuestro deber vamos a conducirlos a la fiscalía, porque el uso de prendas militares privativas es un delito, y si son tan amables, alarguen por favor los brazos”; cordialidad saturada para ponernos las esposas. Ese es un resumen conciso de lo que sucedió en una hora. El paisaje siguiente dibujó la ciudad desde la carretera que serpenteaba en descenso, tarde templada dorando el cielo, y la brumosa nube como manto sobre las casuchas y los edificios.

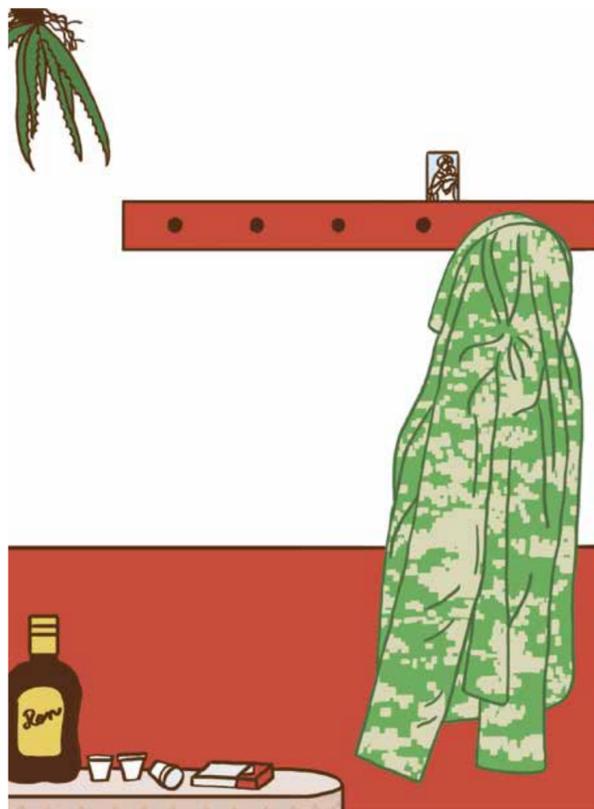
El búnker de la fiscalía, diseñado por el arquitecto Juan Fernando Forero Soto, es una mole cenicienta de concreto que se alza sobre el terreno donde antes funcionaba el taller de Obras Públicas del municipio; el sector es un compuesto de avenidas, pasos peatonales y un enorme péndulo de media tonelada marcando un punto cero simbólico, compartido con las universidades Nacional y de Antioquia, así como la planta embotelladora de Coca-Cola. Se le llama de forma corriente “búnker” —sin ser tal— por su estampa de fortaleza con aires medievales, pero en esencia es la Sede Caribe de la Fiscalía General en Medellín. A la URI, Unidad de Reacción Inmediata, llevan a todos los capturados por la Policía, el Ejército o el CTI. En la cafetería del vestíbulo las personas aguardaban con impaciencia entre el tinto, el pandebono, la almojábana, el buñuelo duro y la empanada recalentada. Como en cafetería de hospital o sala de velación, la atmósfera se dividía entre la espera y la resignación: o llegaba el cuerpo o llegaba la noticia. Pasamos de largo y tras cruzar el umbral de la entrada principal, donde un vigilante mantenía su cabeza clavada en una planilla de ingreso, me condujeron a un cubículo del segundo piso. La diligencia es la misma para todos: muestra de huellas dactilares, la foto de frente y de perfil, formularios, preguntas de rutina y, al cierre, una firma para certificar el asunto y continuar con el siguiente en la fila. Desde la Ley 906 de 2004, un fiscal determina si la conducta amerita audiencia con un juez de garantías, si se queda un rato en el sótano para que el frío le conmueve el ímpetu, o si se va de una vez para la calle. Siempre debe estar presente el policía que efectuó la captura, y el momento de la despedida es paradójicamente una revelación: al lado del agente, agarrado por las esposas y sometido a ese paseo sombrío, se está más a gusto que en el calabozo. Antes de bajar las escalas hasta la zona de reclusión,

cambié mi derecho a una llamada por otro más útil en semejante situación: medio paquete de cigarrillos en la cafetería. Se me concedió la misericordia.

Un extenso corredor terminaba en una puerta de metal sin postigo, manija ni remaches, que rastrilló el suelo e hizo crujir las bisagras al ser abierta del otro lado. Dos agentes de la Sijín vestidos de civil, confinados en un pequeño cuartito ante un televisor de pésima recepción, nos reformatan con avidez, nos quitaron los cordones —ambos pares blancos— y despidieron al colega uniformado. Notaron los cigarrillos en el bolsillo derecho, pero en el intercambio de miradas con el policía ganó la complicidad y no los decomisaron para bien mío.

Por lo menos una treintena de detenidos, algunos sin camisa y en ropa interior, sentados en un pequeño saliente que sirve de banca, compartían la noche: una banda de ladrones, tres homicidas y un grupo numeroso de reclusos acusados de cargar droga o armas. Los muros del calabozo estaban repletos de nombres tallados en barullo de letras mayúsculas, petroglifos en la gruesa capa de pintura gris que estudiarán los arqueólogos del crimen como planilla de asistencia. Era un recordatorio de las cientos de personas que por allí han pasado; la caligrafía era casi idéntica, excepto por formas y ángulos que diferenciaban el abanico. El baño no tenía puerta, el sanitario era metálico y lo que podría ser una ducha no pasaba de un tubo corto asomado en la pared. Para intentar descansar un poco era necesario soportar el frío paralizante del piso de cemento y buscar como almohada un envase plástico o algo más útil para tan complejo menester. A mi compañero lo liberaron a las dos de la madrugada, nos despedimos sin mucho ritual, pero por razones obvias algo no cuadraba: nos bajaron por igual motivo o asomo de delito y él ya salía para la casa. El calabozo de la URI es un sitio de arresto provisional, según la norma, no puede retenerse a un individuo más de 36 horas en ese sótano, pero el tiempo pasaba lento, como esperando permiso para el siguiente golpe del segundero.

Cuando le pregunté al integrante más conversador de la banda de ladrones por qué los detuvieron, me contestó con seriedad: “Estábamos tomando todos en un parque, fuimos a orinar al mismo tiempo en un arbolito y resultó ser un tombo”.



por NERÖN NAVARRETE

Ilustración: Matilde Salinas

Nos reímos. Le pasé un cigarrillo y luego de un par de fumadas se lo entregó a un hombre moreno de cabeza rapada, sin camiseta, con dos cicatrices en el pecho marcadas por el filo de la navaja al romper la piel. Después, narraron ya entre más soltura que se robaron algunos millones sumándole el agravante de amenazas y golpes. Era la tercera vez que los atrapaban y probablemente sería, en sus propias palabras, la tercera que los iban a soltar.

Quizá la única norma que se impone entre las paredes de la celda sea la de una tácita solidaridad por la condición de retenidos; el ingreso al calabozo te matricula en un grupo al margen de la ley y por ende debes compartir para demandar igual trato: cada cigarrillo encendido transita por las manos y las bocas de los que soliciten fumadita; toda gaseosa es obligada a calmar la sed de varios, e incluso una empanada pequeña se divide como el pan de la última cena. Cerca de las seis de la mañana uno de los guardias pronunció mi nombre y me pasó a través de las barras horizontales una bolsa con un pastel de pollo calentado en microondas y una gaseosa; inmediatamente lo entregué sin apego a los pocos que quedábamos en duermevela, luego de que varios abandonaran el encierro tras ser llamados como en lista de espera y salir sin prisa ni muestras de impaciencia.

Siete y media de la mañana. Ninguna ventana anunció el alba, sino el comentario en voz alta de un guardián relevando la tarea de abrir y cerrar la puerta de metal. Ya no quedábamos más que un puñado de hombres dormitando entre murmullos, con los brazos cruzados para agarrar un poco de calor; toda la banda de ladrones fue sacada en fila india y conducida a audiencia.

Minutos después tres golpes de nudillo sobre la puerta de metal me arrebataron del sueño entrecortado y sospeché que era para mí. La joven de cabello recogido, aparición milagrosa con lentes de marco plateado y un pequeño crucifijo colgando de su cuello delgado, se paró frente a la reja de la celda con la mirada inflexible y decidida sobre una hoja de papel, seguida por el agente de la Sijín. Su vestido de flores hasta la rodilla se movía con facilidad por la brisa que se colaba a través de la entrada, cualquiera hubiera notado sin mucho trabajo que sus ojos recorrían las mismas dos líneas en el documento. Alzó la vista, sostuvo su atención con el ceño fruncido por un par de segundos y concluyó, como demostrando la teoría que la perturbaba, que yo era la persona equivocada. Corrieron la reja de barrotes macizos y, sin mediar palabra, el robusto escolta metió la mano en un cajón del archivero y me entregó un par de cordones sin reparar en el color. Luego, al salir por un parqueadero atestado de camionetas negras, ella me daría la explicación entre su tono conciliador, la luz puntante de la madrugada y un nuevo aire con olor a ciudad que en mucho semejava al del encierro húmedo, frío; un olor que bien podría definirse como oscuro y silencioso. Un homónimo, otro ser humano que compartía mi nombre con apellidos exactos, había escapado dos días antes de la cárcel Bellavista y solo tenía cumplidos dos años de una condena de treinta por homicidio agravado. Ella, al llegar temprano a su cubículo esa mañana, con su vestido de flores primaverales en el amanecer opaco del lunes y su escarapela de funcionaria de la fiscalía, revisó las novedades que trajo la noche; hojeó el informe que coronaba la pila de documentos y carpetas y al leer que tenían de nuevo al prófugo decidió en buen oficio corroborar el asunto. La foto del fugitivo que habían confundido conmigo era la de un hombre de cuarenta años, trigoño, de cabello crespo y marcas profundas en los pómulos. Ni los números de cédula fueron verificados. Toda una parábola de proporciones evangélicas.

Pero además, lo que yo consideraba casi una injusticia, un atropello a mis derechos ciudadanos, un abuso de autoridad como para detener las rotativas y todo ese cuento acusatorio que suele acompañar los alegatos con un policía, era algo más serio. Una semana después me senté ante la pantalla a buscar alguna pista sobre el caso entre noticias, artículos y párrafos enteros de decretos y leyes. En su lenguaje cortante, la norma aclara el rollo tan complejo como etéreo. El numeral 19 del artículo 4º del Decreto 2266 de 1991 dicta que “el que sin permiso de autoridad competente importe, fabrique, transporte, almacene, distribuya, compre, venda, suministre, sustraiga, porte o utilice prendas para la fabricación de uniformes de campaña, insignias o medios de identificación, de uso privado de la fuerza pública o de los organismos de seguridad del Estado, incurrirá en prisión de tres (3) a seis (6) años, multa de cinco (5) a cincuenta (50) salarios mínimos mensuales y en el decomiso de dichos elementos”. El susto queda como pequeña cicatriz de un percalce inocente antes de cuajar en condena.

Me infla la resolución intrépida de quien saluda la libertad luego de un par de lustros encarcelado.

—Casi me gano un canazo largo —le digo a Camilo, que espera recién bañado en la cafetería del vestíbulo; me agacho para ponerle los cordones a los tenis sueltos.

—¿Por esa chaqueta? —me pregunta con el tono pasmoso del que se indigna por la pena ajena.

—No, por la chaqueta no. Por el nombre. Me llamo como un asesino.

Caminamos hasta la avenida, y el deseo empuja desde el alma y la garganta:

—Invítame a tomar algo pues. Acabo de recordar que me queda una semana de vacaciones. ☺

· La ciudad suena en el Museo ·

PATIO SONORO

NUEVA TEMPORADA

EL PAPEL DEL PRODUCTOR MUSICAL

SIDESTEPPER Y JAIBANAKUS EN CONCIERTO

Conversatorio con Richard Blair, de Sidestepper, y Juancho Valencia de Puerto Candelaria.

Jueves, 02 de junio
7:00 p.m.
Calle Calibío con Carabobo
Entre el Museo de Antioquia y la Casa del Encuentro

Miércoles, 01 de junio
4:00 p.m.
Casa del Encuentro
Museo de Antioquia

Un proyecto:



“Juan Manuel Gómez y el Viejo Kin se hacen chistes mientras ven en escena a un árbitro joven, alto y de piel cobriza, que pita un partido de la categoría sub-14. Ambos, ya retirados pero sin poder separarse del mundo del fútbol aficionado, saben que ese mismo muchacho vestido de negro tiene que salir de ahí corriendo a servir de juez en otro juego de la Liga Antioqueña de Fútbol, para tal vez mañana tener que pitar otros tres partidos más. Esa es la vida del árbitro: correr de un lado para otro, casi siempre sin muchos pesos en el bolsillo, atento a no equivocarse so pena de que cualquiera desde la tribuna le recuerde a la mamá”.

Los únicos dioses que juegan a ser humanos
José Guarnizo Álvarez



El libro *De ida y vuelta* fue escrito y editado por Universo Centro para la Liga Antioqueña de Fútbol en sus 85 años.



Puntos de venta:
Liga Antioqueña de Fútbol / Calle 50 No.71-201
Bar El Guanábano / Carrera 43 No53-21
Grammata Textos / Calle 49B No. 75-33

Programación Mayo / Junio

· La Pascasia ·

Camellón de Guanteros . Cra. 42 # 46-46

MIÉRCOLES

JUEVES

VIERNES

SÁBADO

25
Cine
Festival Internacional de Cine por los Derechos Humanos
3:00 p.m - 5:00 p.m.
*

26
Conversatorio
"Hinchas, hinchidos e hinchados". Conversaciones futboleras. Modera Pascual Gaviria. 7:30 p.m.
*

27
Concierto
Lanzamiento *Los lobos*, de Mr. Bleat junto a Ságan (Bogotá) 9:00 p.m.
*

28
Concierto
Sixto Salgado 'Paíto' Gaita Negra. 9:00 p.m.
*

01
Taller de dibujo 5:00 p.m.
La Rayada con Entreviñetas
Cine 7:00 p.m.
Cinema *Zombie Braindead*, Dir. Peter Jackson, 1992
*

02
Presentación de libro
Medellín, el alma del centro, de Luis Fernando Arbeláez y Pedro Pablo Peláez. 7:30 p.m.
*

03
Concierto
Lanzamiento "Metropolizón" 9:00 p.m.
*



10
En vivo
Salsaludando con Latina Stereo 7:00 p.m.
Concierto
Son de la Nubia 10:00 p.m.
*



15
Taller de dibujo 5:00 p.m.
La Rayada con Entreviñetas
Cine 7:00 p.m.
Cinema *Zombie Black Sabbath*, (I tre volti della paura), Dir. Mario Bava, 1963
*

16
Presentación de libro
Andrea Cote y Lucía Estrada 7:30 p.m.
*

17
Subasta de arte
¿Quién da menos? 6:00 p.m.
Concierto
Bingo bailable con Gordo's Project 7:00 p.m.
*

18
Galería
Clausura de la exposición *Riocedro, trazos de fuego* 7:30 p.m.
*



23
Galería
Inauguración exposición *La chusma exquisita* Fernando Acosta, Viviana Serna, Evelin Velásquez 7:30 p.m.

24
Concierto
Sonora Aguamala y Sr. Naranjo 9:00 pm.

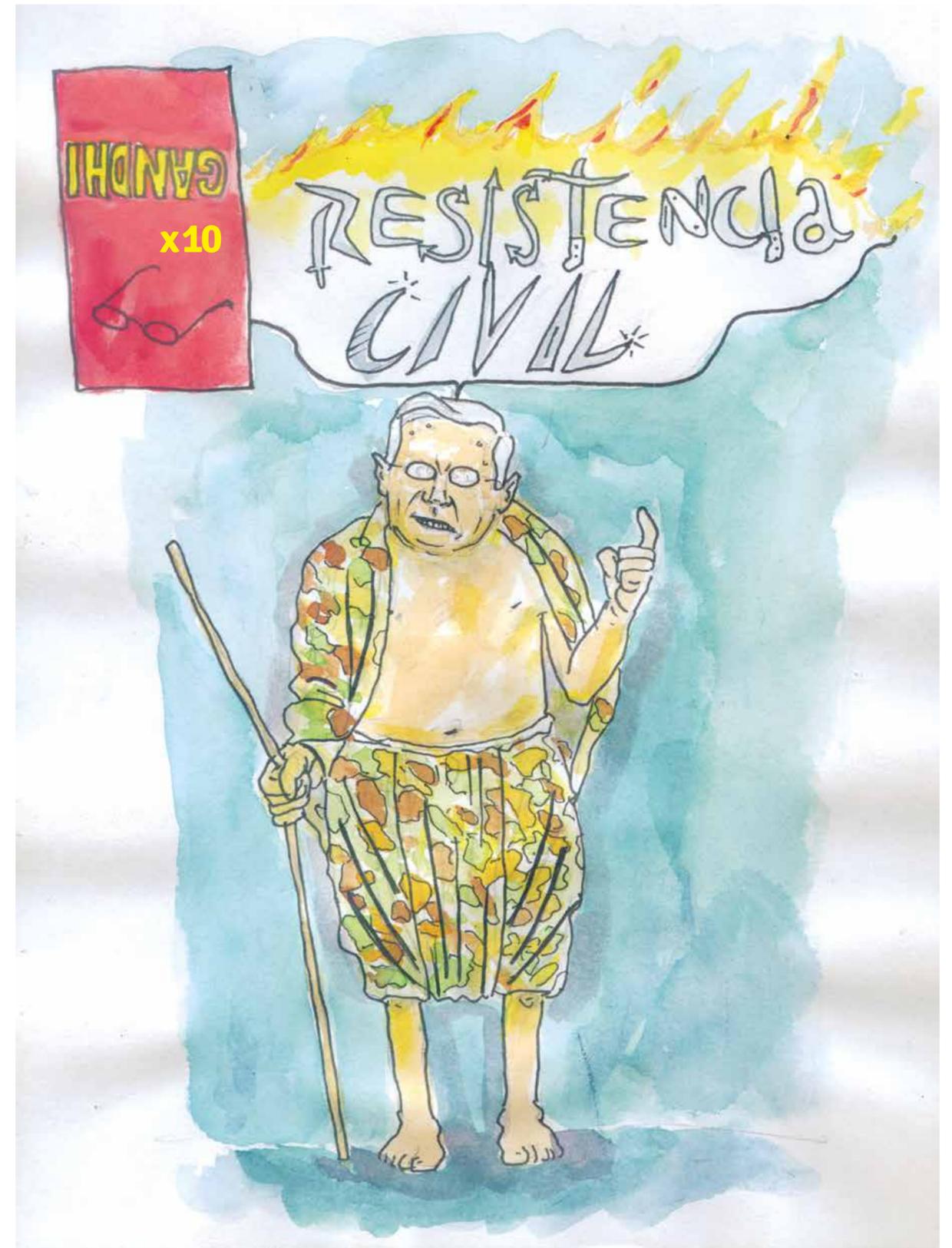


* Exposición temporal:
Riocedro, trazos de fuego.
Por: José Fernando Ángel

 GRUPO HANGAR
Comunicación + Producción



 universocentro



Patricia Fuenmayor
Asesora en seguros
Tel. 321640 2928 - 260 2300
patfuenmayor@hotmail.com

El Túnel
Café y Cocina
Lunes - Sábado
12:00 m. a 10:00 p.m.
Cra 42 #54-62
Teléfono: 2396536

cinéfagos.net 10 años
cine colombiano, crítica de cine, cómics, artes electrónicas,
artículos y ensayos, cuentos de cine, documentos

 /cinefagos.net  @cinefagosnet

parque
explora

A partir del 3 de junio
NUEVA EXPOSICIÓN



T
R
A
N
S
F
O
R
M
A
C
I
O
N

Se acelera, se estira,
se congela, se fuga...

TIEMPO

MÁS ALLÁ DEL RELOJ



SALA INTERACTIVA TIEMPO
PARQUE EXPLORA

www.parqueexplora.org

Patrocinadores de la operación de la sala "Tiempo"

Jet

Zenú

Festival

CHOCO LISTO



Alcaldía de Medellín
Cuenta con vos